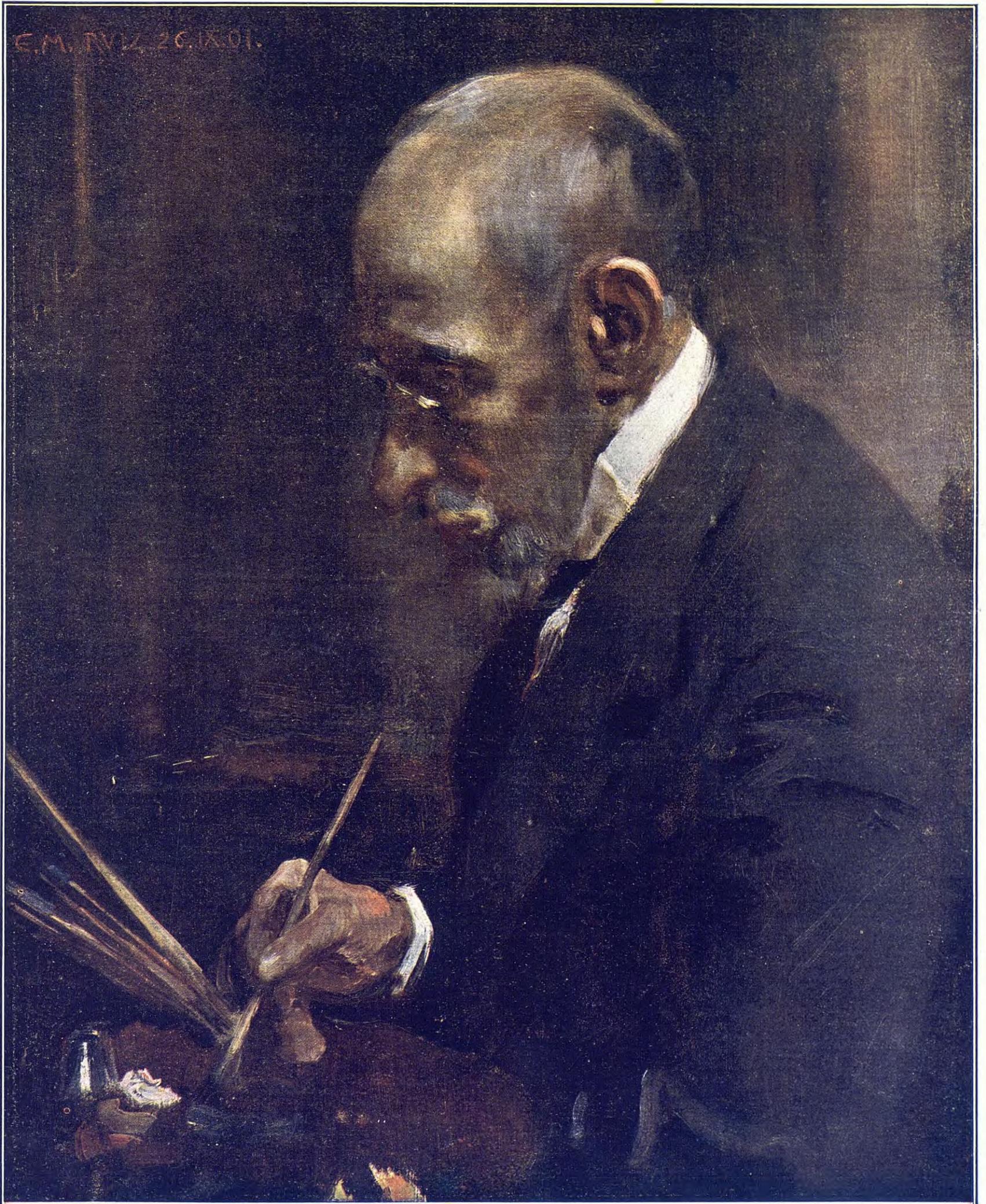


# La Esfera

1 Julio 1916

Año III.—Núm. 131

ILUSTRACION MUNDIAL



RETRATO DE MI PADRE, por E. Martínez-Cubells y Ruíz

# DE LA VIDA QUE PASA UNA VOZ EN LA MULTITUD



La estatua de la Libertad, en la bahía de Nueva York

Las pocas voces que hasta ahora hablaron de paz han sido apagadas por el estrépito de las armas. Tal parece que la sangre será inagotable y que cuando se acabe el oro, se abata la fuerza y la Muerte tienda su segur sin hallar cabezas que segar, el gran vacío estará tan lleno de rencores, que con haber acabado la guerra activa subsistirá la guerra de las voluntades sin brazos, y de este modo la buena paz quedará siempre ausente. Mas no será así, no puede ser así; los hombres contamos por años mientras la historia cuenta por lustros, por evos, por siglos. Todo llega y pasa en la vida; y sobre esta verdad, como beleño dorado, suprema merced de los dioses, está el olvido y el cuidado que la hora presente exige del egoísmo de cada criatura. Llegó el conflicto de los Balkanes que en vano aguardara día tras día aquel corresponsal de la novela de Kipling, llegó el estallido europeo, imposible según tantos calculistas; y tras el cruento lapso han de sobrevenir días mejores en los cuales la luz del progreso tornará á no ser turbia. A esos días hay que encaminar el rumbo. Que los hombres consagrados á la guerra fragüen elementos de victoria sin pensar más que en eso, pero los demás... En la sombra no se vislumbra aún la luz lejana; á pesar de las torpes alegaciones de los sectarios, en ninguno de ambos bandos obsérvase todavía la fatiga precursora de las claudicaciones; pero es indudable que la luz de la paz existe más allá de la zona oscura y que á cuantos hombres de pensamiento les ha sido otorgada la gracia de nacer en países libres hoy de la terrible visita de Marte, tienen el deber de cerrar los ojos para ver dentro de sí esa luz, y tienen el deber de marchar con paso sereno hacia ella.

¿A cuál de los países neutrales está reservada la gloria de concertar el primer armisticio, de prolongarlo y transformarlo en duradera paz? No parece probable que sea Holanda pues sobre el palacio de La Haya soplan con vehemencia vendabales opuestos; Suiza se halla en parecida situación, y los más avisados señalan á España, mientras otros, temerosos de que la vinculación de la casa real española con la inglesa pudiera constituir un obstáculo, piensan en los Estados Unidos.

Muy probable es que acierten, pues hasta para ser areópago de paz sirve el prestigio de ser poderoso. Quienes sigan con interés las actualidades políticas de ese gran crisol donde los elementos inmigratorios se funden, se depuran y concluyen por formar un tipo específico, observarán las marejadas de pasión y codicia que, alternativamente, mueva á patriotas y á negociantes. El mercado de la guerra ha acarreado tan enormes ganancias, que hay en los Estados Unidos conciencias impuras que verán su conclusión con pena. Los periódicos, guiados por la simpatía ó por el oro, remueven la conciencia pública; casi todas las industrias se han prostituido; los barcos traen de los países beligerantes monedas manchadas de sangre que se guardan en cajas, y hay plétora de bienestar. ¿Hasta qué punto estos aspectos de la personalidad americana son parte ó todo de la conciencia del país? El presidente Wilson sufre ataques y recibe adhesiones por igual entusiastas; y mientras el intranquilo coronel Roosevelt habla en las pacíficas asambleas como un Kaiser de chaquet y pantalón á cuadros, una voz insigne, la de Elihu Root, ha dicho en memorable discurso, ante la convención republicana de New-York, estas palabras que para bien de la

humanidad sería útil que en el momento de las primeras conversaciones precursoras de paz, resultaran verídicas sin restricciones:

«La democracia americana está por algo más que ternera, algodón, manufacturas y granos; está por algo que no se mide con tipos de cambio ni sube ó baja con la balanza del comercio. El pueblo americano conquistó la libertad y se educó por sí mismo en el culto de la justicia antes de adquirir la riqueza, y lo que valen la libertad y la justicia de su país lo estima por encima de cuanto posee».

Por la autoridad de quien las ha dicho, porque en buena filosofía un optimismo que fracasa es más útil que el pesimismo realizado, porque en esta hora en que toda nación en guerra ha sido ya derrotada en su industria, en sus instituciones morales, en el ritmo de su marcha hacia el progreso ideal, deseamos que sea profética esa voz. Si llegado ese día los Estados Unidos con el peso de su poder encauzan la discusión, templan los ánimos, y limpios de interés y de pasión ligan las voluntades con guirnalda de olivo, serán de nuevo para todos la ejemplar democracia de aquellos inclitos varones que escribieron al rey Jorge el incomparable documento de rebeldía hace poco más de cien años.

Mas si contra toda esperanza los negociantes, los agiotistas, los malvados pescadores de río revuelto se impusieron á las fuerzas puras en ese día capital de la historia, sería preciso que la estatua de Bertholdi que se yergue orgullosa en la bahía de New-York, curvara su busto de bronce y, con chirrido fúnebre, apagara para siempre en las aguas la antorcha de la Libertad.

A. HERNÁNDEZ CATÁ

# UN SUBMARINO ALEMÁN EN CARTAGENA



LOS TRIPULANTES DEL SUBMARINO ALEMÁN "U-35", SALUDANDO Á LOS DEL CRUCERO ESPAÑOL "CATALUÑA" AL SALIR DEL PUERTO DE CARTAGENA, DONDE SE PRESENTÓ EL DÍA 21 DEL ACTUAL. EL COMANDANTE DEL SUBMARINO HA TRAI­DO UNA CARTA AUTÓGRAFA DEL KAISER PARA S. M. EL REY DIBUJO DE R. VERDUGO LANDI

LA ESFERA

# ARTE MODERNO



PESCADORES VALENCIANOS

Cuadro de Enrique Martínez-Cubells y Ruiz

## MEMORIAS DE UN DESMEMORIADO

IX

Cuando concluimos de comer en el bodegón de Granullaque, el desasosiego de mi niña me revelaba la comezón de escapar de mi lado; mas yo la detuve proponiéndole que debíamos ir juntos a la Catedral, pues era absurdo que un ser inteligente abandonara Toledo dejando atrás el goce inefable de tantas maravillas. Porque la Sacristía Toledana viene a ser como una enciclopedia de catedrales. El Coro, la Sacristía, las capillas del Sagrario y San Pedro, las de Reyes Nuevos, Santiago y Albornóz, la Mozárabe, la Sala Capitular, bastarían por su grandeza y hermosura para ser consideradas como ornamento principal de otros templos cristianos. Del Coro y Presbiterio, con sus riquezas escultóricas y sus verjas de hierro labradas como joyas, no quiero hablarte hoy porque ya las he descrito en otras páginas. El salón de la Sacristía ostenta en su cabecera el famoso cuadro del Greco llamado *El Expolio*, y que en valor artístico no es inferior al *Entierro del Conde de Orgáz*. Otras hermosas obras de arte cubren las paredes, y frontero a ellas está el sepulcro del Cardenal Borbón. El techo es un admirable fresco de Jordán, a quien por la rapidez con que trabajaba le aplicaron el mote de *Luca fa presto*. Pero la más sorprendente novedad de la Sacristía está en las estancias interiores, donde te enseñarán si lo solicitas, las telas primorosas y la colección de frontales regalados por cada uno de los Arzobispos de la Diócesis. Sin temor a la hipébole, puedes afirmar que no hay en el mundo colección de telas como esta.

*Reyes Nuevos*, es una capilla de grandes dimensiones donde están sepultados los Soberanos de Castilla de la rama de Trastámara. En la cabecera verás a D. Enrique II, que arrebató la corona y la vida a su hermano D. Pedro; sigue luego D. Juan I, de grata memoria, y después D. Enrique III el Doliente con su esposa Doña Catalina Lancaster. Este desdichado Rey tuvo que empeñar una noche su gabán para poder cenar. ¡Así andaba el Reino! Su inmediato sucesor, D. Juan II, abandonó el regio panteón de Trastámara disponiendo que sus restos y los de su esposa descansaran en la Cartuja de Miraflores, en Burgos. Estos sepulcros son de una magnificencia inaudita. La rama de Trastámara no pudo florecer en la Historia conforme al ambicioso plan de su fundador D. Enrique el de las Mercedes. El último vástago, desmejorado y marchito, Enrique IV, llamado el Impotente, puso fin a la dinastía reinante por los escandalosos amores de la Reina con D. Beltrán de la Cueva. El desdichado Rey fué exonerado en efigie en un auto celebrado en la plaza pública de Avila. Felizmente se precipitaron los sucesos, murió en edad temprana el príncipe D. Alfonso y la corona de Castilla recayó en una doncellita que pronto dió a conocer sus altas dotes mentales concibiendo el pensamiento de unir con vínculos de amor los reinos de Aragón y Castilla.

De *Reyes Nuevos* pasamos a la capilla inmediata, que es la de Santiago, donde tienen su sepulcro D. Alvaro de Luna y su esposa. La arquitectura de esta capilla pertenece al gótico florido, es espaciosa, de altos ventanales y en ella campean profusamente los escudos del Condestable. Entre esta capilla y la anterior existe una misteriosa afinidad trágica. Un Trastámara llevó al suplicio al insigne político que con mano dura gobernó estos turbados reinos. En el centro de la capilla de Santiago se aizan los dos mausoleos de D. Alvaro y su esposa. En cada uno de éstos se ven cuatro monjes orantes. En Toledo existe la creencia legendaria ó real, de que en la cripta están los esqueletos de la familia de D. Alvaro, pero no sepultados, sino sentados en derredor de una mesa de piedra. Con esta leyenda coincide la del *Hombre de palo*, perpetuada en una calle que lleva este nombre. El gran mecánico Juanelo Turriano construyó un muñeco, que por medio de alambres y resortes, entraba en la Catedral a la hora de la misa y llegando hasta la capilla del Condestable se arrodillaba devotamente y luego se retiraba de igual manera por su camino de alambres y ruedas.

Suspendamos ahora, querida niña, el visiteo de capillas y vámonos a la calle, que hoy es do-

mingo y me gusta presenciar el paso de los cadetes en formación, con su música al frente para ir a misa. ¿Verdad que a tí también te gusta ver a esos alegres chicos atravesando por la población entre el geníto de curiosos? En la cara te conozco tu deseo de que abandonemos la iglesia para andar por la calle... En efecto, los alumnos de la Academia de Infantería son la gala de Toledo; sin ellos, las hermosuras artísticas de esta ciudad no tendrían otro encanto que el inherente a un soberbio panteón.

Salimos mi niña y yo a ver pasar los cadetes. Guardando el orden y el ritmo de la formación, volvían el rostro para mirar a las niñas bonitas; unos porque tenían novia y otros porque la buscaban, dirigían miradas insinuantes a los balcones y a la calle. Delante iba la banda atronando los aires con el estridor de cornetines y trombones; la precedían los gastadores de marcial apostura, y entre éstos, haciendo cabriolas la turba de goliillos. «Ahí va—exclamé yo contemplando a los alumnos—la esperanza de la patria. Hoy son traviesos y enamoradizos, mañana serán valientes y darán su sangre por el honor de la bandera.» En la iglesia de San Juan, que no tiene más mérito que su capacidad, oyen misa con cierta compostura los alumnos, y a la salida se repite la divertida marcha triunfal a lo largo de las calles. Por la tarde quedan en libertad los escolares y se les ve en grupos en Zocodover y calles adyacentes parlotando con las señoritas guapas, que tanto abundan en la Imperial Ciudad. Tarde y noche acuden al Teatro Rojas, llenándolo casi por completo. Gracias a la concurrencia de militares y a las familias que por ellos acuden a la función, las compañías dramáticas ganan en un día para vivir toda la semana.

Ahora que tanto se habla del turismo, niña mía, se me ocurre que Toledo debiera ser uno de los lugares de la tierra más frecuentados de viajeros y artistas. Existe aquí el magnífico *Hotel de Castilla*, construido por el inteligente prócer Marqués del Castrillo, pero es de reducidas dimensiones. ¡Qué fabuloso número de extranjeros atraería Toledo si el Alcázar fuera convertido en hotel! Esto es un sueño, esto es imposible, pero a mí me gusta lanzarme a la región de las bellas hipótesis. Yo me imagino las salas, las anchas crujías y la grandiosa escalera de aquel inmenso edificio invadidas por un geníto procedente de todas las partes del mundo. Decía Carlos V que no se sentía Emperador sino cuando subía por aquella escalera, tan grande como una catedral. El patio es de suprema elegancia; en el centro se ha colocado, no ha mucho, la estatua de Carlos V, vestido a la romana, encadenando la Herejía. Es obra de Pompeyo Leone. Ocioso creo hablarte, querida niña, de la capacidad del Alcázar en todos sus pisos..., pero dejémonos de ensoñaciones quiméricas, que aquí está bien instalada la Academia de Infantería y no nos corresponde a nosotros alterar caprichosamente la realidad de los hechos. ¿Estás conforme? Pues vámonos al *Hotel de Castilla* donde hallaremos excelente trato y una sociedad escogidísima de franceses, ingleses y yanquis.

Después de comer volvimos a la Catedral, donde nos siguió una caravana de los extranjeros que habíamos visto en el *Hotel de Castilla*. Agregados a ellos vimos la capilla de Albornóz y allí noté que el *cicerone* refería escrupulosamente, sin perder detalle, la historia del insigne político que puso fin al Cisma del Papado y fundó el colegio español de San Clemente en Bolonia. En la Sala Capitular los extranjeros admiraron más la talla de las cajoneras que los retratos de los Arzobispos; y en la Mozárabe, donde se conserva como preciosa reliquia el ritual anterior a la conquista de Toledo, los forasteros que en su mayoría eran luteranos, deseosos de conocer esa antigualla de la misa mozárabe, se propusieron volver al día siguiente. Entre tanto se extasiaban ante el magnífico fresco de la toma de Orán por Cisneros. El *cicerone* desvió la atención de aquellos señores hacia el cuadro que decora el altar mayor de la capilla. Este cuadro no es pintura, sino un mosaico que regaló el cardenal Lorenzana, más que obra artística, obra de paciencia. Al concentrar en ella toda su atención los extranjeros, quedaba triunfante el mal gusto del *cicerone*.

No quisimos abandonar la Catedral sin ver las curiosidades más extraordinarias que en ella existen encerradas en la Capilla de la Torre. Esto no podía ser sin que se hallaran presentes los tres canónigos que guardan las llaves de aquel recinto, que más bien parece fortaleza por el espesor de sus muros. El oficioso *cicerone* salió corriendo en busca de los tres llaveros, mas no habiéndolos encontrado, acudí a mi amigo el beneficiado D. Francisco Mancebo, que acertó a pasar a nuestro lado. Como el día anterior le compré yo un décimo del billete de lotería que él jugaba, el buen Mancebo buscó en la sacristía a los tres canónigos llaveros y tuvo la suerte de encontrarlos reunidos. Véase el modo misterioso con que el patrocinador de los juegos de azar nos trajo la suerte de ver franqueado el arcano de la Torre que guardaba los cinco premios mayores de la lotería del arte. Ved aquí cuales son: primero, el manto de la Virgen del Sagrario, bordado en cuero para soportar el peso de las perlas, cuya cantidad, el *cicerone*, que todo lo sabía, fijó en tres millones y pico, añadiendo que para ponerle a la Señora su manto tenían que valerse de una cabria; segundo, la colosal Custodia obra del maestro Arfe, es de plata sobredorada con el centro de oro, adornado en su crestería de rubíes, zafiros, esmeraldas y topacios; está colocada sobre una carroza dorada. Sale en procesión el día del Corpus empujada por sacerdotes, traspasa la Puerta Llana y avanza por las calles con majestuosa lentitud, irradiando de las piedras preciosas resplandores deslumbrantes. Añádase a esto la lluvia de flores que desde las ventanas y balcones arrojan las damas, y se comprenderá la magnificencia y poesía de tal espectáculo; tercero, la estatuita de San Francisco de Asís, no mayor de tres palmos, obra de Alonso Cano, que en ella puso todo su genio artístico y su místico arrobamiento; cuarto, la bandeja de plata repujada representando el Robo de las Sabinas, que pregona la excelsa maestría de Benvenuto Cellini; quinto, la Cruz de plata que el cardenal Mendoza llevaba en la rendición de Granada. Hay que ver el peso de aquella Cruz, pero era como un junco para el atlético puño del Cardenal que subió con ella hasta lo más alto de la Alhambra y la clavó en la Torre de la Vela.

Cansa lo bueno, lo bello y hasta lo sublime cuando nos embelesamos indefinidamente en su contemplación. «Vámonos de aquí—dije a mi niña—, basta ya de imágenes, sepulcros, pinturas, custodias, brocados y verjas, que el Arte, por su divinidad, no debe ser profanado, como hacen los *cicerones* con su charlatanería enfadosa.»

La presencia del beneficiado Mancebo y de su sobrina *Leré*, con quienes acabo de charlar al salir de la Catedral por la Puerta Llana; me han recordado mi deber de marcharnos a Madrid para continuar y concluir nuestros tomos de *Angel Guerra*.

—Está bien, querido Maestro—replicó mi niña—; pero es mi obligación, como símbolo que soy de tu memoria, recordarte que antes de pensar en esa *Leré*, en ese D. Pito y esos renegados Babeles, debes venir conmigo a Génova... ¿A qué ese asombro? ¿No sabes que el viaje a Italia no está terminado y que nos falta el vistazo a Génova, la hermosa ciudad mediterránea?

—Génova, Génova—murmuré yo un poco aturrido y desmemoriado—. ¿Pero vamos a ese pueblo para visitar la cuna de Cristóbal Colón? ¿Pues no has oído que los anticuarios españoles salen ahora con el descubrimiento de que Colón no nació en Génova, sino en Pontevedra? Y otros aseguran que el gran navegante nació en Plasencia, de una familia hebrea, y que para ocultar su religión se fingió natural de Génova. Se cree que vivió más en el mar que en la tierra. La cuna de los hombres extraordinarios ha sido en todos los tiempos origen de apasionadas disputas. En Grecia no se acabó de poner en claro la patria de Homero; y aquí mismo, el príncipe de las letras castellanas, Miguel de Cervantes, vió la luz, según unos, en Alcalá de Henares, según otros, en Alcázar de San Juan, y no ha mucho que un tercer biógrafo sostuvo que nació en Córdoba. Que haya nacido aquí ó allá, es palabrería ociosa y baladí. Lo fundamental, lo indiscutible, es que Cervantes escribió el *Quijote*.

B. PÉREZ GALDÓS

# NOTAS DE LA REALEZA



EL INFANTE D. FERNANDO DE BAVIERA, CON SU ESPOSA, LA DUQUESA DE TALAVERA, Y SUS HIJOS, UNO DE LOS CUALES, D. JOSE, HA TOMADO LA PRIMERA COMUNION EL DIA 19 DEL PASADO  
Fotografía obtenida por Campúa, con motivo de esta solemnidad



## NOCTURNO DE PRIMAVERA

Hay una luna de plata  
sobre las aguas del río...  
¡La luna es como una rosa  
besada por el rocío!...

En la ermita, olor de orobia;  
en el campo, olor de azahar...  
¡La luna es como una novia  
que se quiere desposar!...

Todo el valle está sin ruido,  
y, sobre un almendro en flor,

Filomela se ha dormido  
soñando con Ruisseñor...

Suaves se rizan los álamos...  
La hierba un gusano róe...  
Y van en busca de tálamos,  
riendo, Dafnis y Clóe...

Hoy es Clóe Galatea,  
Hoy es Dafnis un gañán;  
y ante los dos bailotea,  
tañendo su flauta, Pan...

En la cumbre del alcor  
la moza, con su rebaño,  
es el diablo del Amor  
que tentará al ermitaño...

¡Pobre y senil eremita,  
tu ideal llegará á ser  
«El ideal de la mujer»,  
del Arcipreste de Hita!...

Coplas á la molinera  
canta un mozo en el pinar  
que se alza junto al molino...

La molinera le espera,  
emocionada, en el llar,  
porque Dios la manda dar...  
«¡dar posada al peregrino!...»

Bajo el rito de Saturno,  
mi alma espera también...  
¡Tiene el alma este nocturno  
de un nocturno de Chopin!

Gonzalo MORENAS DE TEJADA

DIBUJO DE VERDUGO LANDI

BELLAS ARTES

LA EXPOSICIÓN DE MINIATURAS



"Retrato de hombre", por Ducker (propiedad del conde de Casal)

**E**XCELENTE y laudable por todos conceptos es la labor que, desde el año 1911 viene realizando la Sociedad «Amigos del Arte», organizando Exposiciones consagradas al enaltecimiento y vulgarización del arte español en todos sus aspectos.

El año 1911 se consagró á la arquitectura española. Al lado de obras contemporáneas había reproducciones de las obras arquitectónicas de otras épocas, monumentos civiles y religiosos, en que se mostraba gallardo y altivo el espíritu de nuestra raza.

Al mueble español estuvo dedi-



"La reina María Luisa, con su hijo el infante D. Francisco de Paula", por José Bonton (propiedad de S. A. R. la infanta doña Isabel)  
FOTS. LLADÓ



"Doña María Idiáquez", por Ducker (propiedad del marqués de la Torreçilla)

de Doña Juana Pacheco; *Un obispo*, de Mengs; *Retrato de Vicente Camarón, niño*, por Goya; *Don Juan de Austria*, por Carreño, y *D. Miguel de Mañara*, por Murillo. A la sección de *Miniatura-retrato*, la más valiosa é importante, toda vez que de las 868 obras que constituyen la exposición pertenecen á ella 695, consagraríamos un estudio detenido si el espacio nos lo consintiera. Hemos, por el contrario, de limitarnos á una citación de autores.

Prescindiendo de Goya y de Vicente López, á los que se atribuyen algunas obras, sin otro fundamento



"El rey José Bonaparte", por José de Boxas (propiedad del general Ezpeleta)



"Señora desconocida", por José Bonton (propiedad del marqués de Cenete)

cada la Exposición de 1912. Fué también un hermoso espectáculo, un señorial alarde de serenidad, de belleza viril como protesta frente al hibridismo contemporáneo, sin carácter ni tradición determinada.

La tercera Exposición de 1915 se componía de pinturas españolas de la primera mitad del siglo xix y fué una de las más interesantes. Cincuenta años de pintura española se asomaron á los lienzos de Goya, López, Alenza, Bayeu, Carderera, los Madrazo, Lucas, Gutiérrez de la Vega y Zacarías Velázquez, por citar solamente los nombres de los artistas más célebres que en el catálogo figuraban.

No menos interesante y escrupulosamente seleccionada de ejemplares representativos fué la Exposición de 1915, consagrada al encaje español, donde abundaban piezas de subido mérito.

Por último, la Sociedad «Amigos del Arte» celebra actualmente, en los bajos del Palacio de Biblioteca y Museos una Exposición de miniaturas-retratos de personajes españoles.

ooo

Sin tener España el derecho á competir en este aspecto encantador del arte pictórico con Inglaterra y Francia, por ejemplo, que son las dos naciones donde más orgullosa y justamente puede hablarse de historia de la miniatura-retrato, tuvo nuestra patria artistas que consagraron á ella sus aptitudes y también fueron los monarcas protectores y alentadores de los artistas extranjeros distinguidos en el género.

Los organizadores de la actual exposición de la *Miniatura-retrato en España*, Sres. Conde de las Almenas, Conde de Casal, Moreno Carbonero y Joaquín Ezquerro del Bayo, la han dividido en tres secciones perfectamente clasificadas: *Pequeños retratos al óleo*; *Miniaturas-retratos* de los siglos xviii y xix de autores españoles, franceses, ingleses, italianos y alemanes ó anónimos de las respectivas escuelas y épocas, y *Manuscritos y Vitelas*.

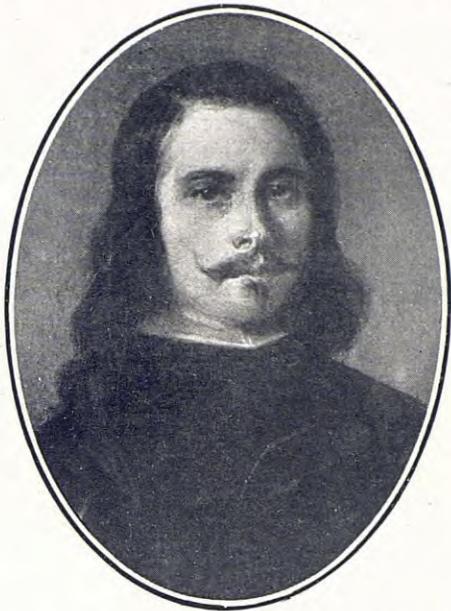
Figuran en la primera, entre otros ejemplares interesantísimos: el *Autorretrato de Murillo*, el *Retrato del Conde Duque de Olivares*, por Velázquez; *Retrato de D. Francisco Pisa* (capellán de la Capilla Mozárabe, de Toledo), por el Greco; un *San Francisco de Borja*, *Retrato*



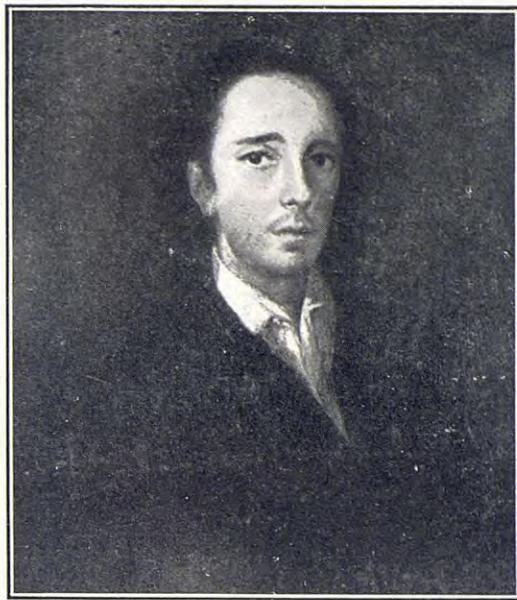
"Caballero desconocido", por Be. (propiedad del duque de Alba)



"Conde de Superunda", por Delorme (propiedad del conde de Superunda)



"Autorretrato de Murillo" (propiedad del duque del Infantado)



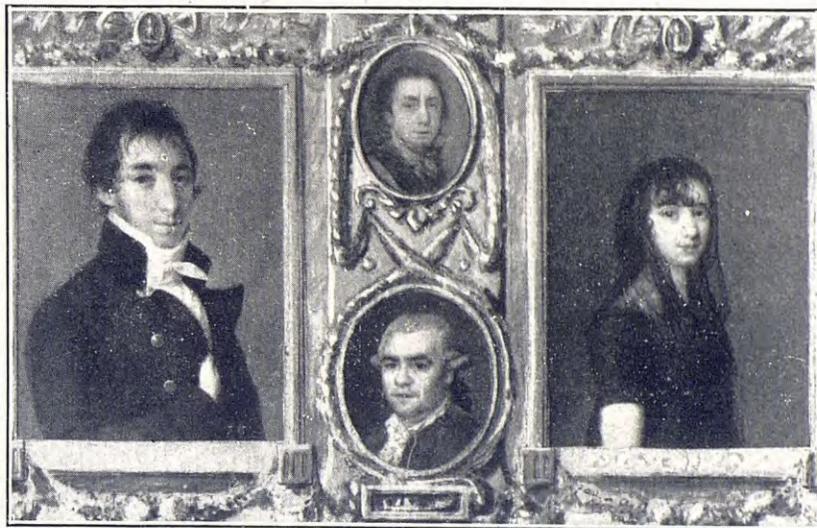
"Retrato de Camarero", por Goya (propiedad del duque del Infantado)



"El conde-duque de Olivares", por Velázquez (propiedad de S. M. el Rey Don Alfonso XIII)

que la suposición de que les tentara la curiosidad de un procedimiento pictórico muy en boga durante su época, aún queda un número muy lucido de miniaturistas españoles representados por las colecciones regias, principescas, aristocráticas ó simplemente mercantiles para juzgar de la importancia que ha tenido en nuestra patria el retrato en miniatura.

Hay obras de Delgado Meneses, Antonio Ferrán, Antonio Esquivel, Francisco Antonio Menéndez, Rivero, Tomasich, Bordes (discípulo de Isabey), Cruz y Ríos («El Canario»), Carnicero, Udías, Ugalde, Miguel Rey, José Agustín, José Reigón, Agustín, Esteve (de quien pudieran ser algunas de esas miniaturas que se atribuyen—y aun se firmaron!—á Goya), Guillem, Barriúa, Astigarraga, Castro, Díaz Valdés, Camarón, Enríquez, Villares Amor, Nicolás García (exbarbero y pintor de cámara de Fernando VII), Paret y Alcázar, y las mujeres Ana María Mengs, hija del maestro bohemio, esposa del grabador Carmona y cuya serie de miniaturas fué la primera exposición de la Academia de San Fernando el año 1795; Francisca Efigenia Me-



Marco con cuatro miniaturas de González Velázquez y Mengs, propiedad de la marquesa de Castrillo

néndez, nieta de Antonio é hija de José Agustín; Asunción Crespo, esposa de Reigon; Bernarda Manso, Marquesa de la Lapilla y Académica de San Fernando; Adriana Rostán, «la Griega», por citar solamente los más importantes entre los españoles.

De los extranjeros que residieron en Madrid como pintores de Cámara y profesores de la Academia de Bellas Artes, ó que hicieron fuera de nuestra patria retratos de españoles ilustres, figuran Isabey, Augustin, Engleheart, Hesse, Ducker, Honorato Dubois, Mengs, Camino, Singry, Le Bel, Thomson, Bouton, Lefebvre, Mariani, Comte, Graene, Boltri, Banzil, Pérez, Cola, Zenders, Passano, Melignan, Adolfo Vermüller (el imitador de Goya que hiciera los retratos de los duques de Alba), Amada Thibault, Luis Sicard y Pomfayrac.

En cuanto á la sección de manuscritos y vitelas—aunque no muy numerosa, bien representada por ejecutorias de hidalguía, privilegios, memoriales y libros de hermandades—de los siglos XVI, XVII, XVIII y XIX, serán objeto de otro artículo por cómo se presta á interesantes comentarios.—S. L.



"Duque de Fernan Nuñez", por Isabey (propiedad de la señora de Lázaro)



"Primer duque de Ciudad Rodrigo", por Isabey (propiedad del marqués de Casa Torres)



"Retrato de Carlos III", por Mengs (propiedad de Ezquerria del Bayo)



"Capricho" (atribuido á Goya)



"Duque del Infantado", por Isabey (propiedad del duque de Alba)

## Cuentos Españoles

## CÓMO MURIÓ ALVARO

Si se pudiese hacer la autopsia de las almas como se hace la autopsia de los cuerpos! ¡Qué extrañas historias llegaríamos á saber! ¡En cuántas agonías que habíamos creído bañadas en beatífica paz aparecería la misteriosa tragedia de un gesto, de una palabra cruel, de una mirada rapaz ó simplemente impaciente que bastaron á acibarar con atroces inquietudes, con inconscientes temores ó simplemente con amarguras de desengaño, los últimos momentos de una vida!... Y todo eso sin contar los dramas reales que la muerte piadosamente ha ocultado, los crímenes secretos que quedaran para siempre sin castigo... El misterioso suicidio de Alvaro Navarro, por ejemplo...

A la evocación de la obscura catástrofe, los dos oyentes de Gaspar Vallares, el novelista obsesionado de misterio, se incorporaron llenos de apasionada curiosidad. Eran Lola Estefaní, ambigua, como un Archiducado Fernando de Austria, de Velázquez, en su atavío de ante gris, su gran cuello de Irlanda y su minúsculo birrete ceniza rematado por roja pluma de faisán, atavío que rimaba á maravilla con el cuerpo ardrógeno y la cara chupada, color cirio, toda ojos—ojos tristes y maravillosos que el ensueño velaba y el vicio cernía de livores—y boca; y Géo Atienza, el pintor de las *Noches Fervorosas*. Estaban en el despacho de Gaspar Vallares. Para huir de la tar-

de lluviosa y plomiza, habían cerrado persianas y corrido cortinas y en la semipenumbra que no bastaba á disipar el chinesco farol de ébano con paredes de seda suavemente miniada, todas las cosas tomaban apariencias de misterio. Los artesones de ébano del techo, esculpido de raros monstruos, los altos zócalos, de ébano también, en que peregrina fauna de marfil y nácar retorcíase en absurdas contorsiones, la seda azul noche, ondulada de alimañas de plata, los muebles muy bajos, tallados en negras maderas y cargados de cojines recamados de metálicos reflejos, daban á la estancia el aspecto de una cámara mortuoria. En altos pebeteros de bronce sostenidos por quiméricas bestias se quemaban perfumes, y sobre las mesitas orientales, en viejos recipientes incrustados de pedrerías, estaban las confituras venenosas que con el sueño dan la ilusión y á veces la muerte. En un



sofá, que era como un grifo de abiertas fauces y garras rampantes, Lola Estefaní fumaba *Kedives*; á sus pies, sobre un almohadón, Géo, con su aspecto de bestezuela familiar, acariciábale distraidamente una mano, mientras que Gaspar, tendido sobre un diván, aparecía roto, tronchado, desarticulado, como un muñeco de trapo á quien hubiesen quitado los resortes dejándole tan solo el rostro y las manos de cera. ¡Ah, el horror de aquella cara pálida, cadavérica, demacrada en las mejillas, en que solo vivía la boca ferózmente roja—una boca de vampiro—y los ojos grises, fríos, inmóviles, iluminados de azul. Una cabellera de azabache tan prieta y lisa que daba la sensación de esos gorros con que en los lazaretos cubren las llagas de los que padecen enfermedades bíblicas, completaba el inquieto repulsivo de la figura. Y como si esto fuese poco, las manos, unas manos que al es-

trecharlas estremecían de frío hasta la médula de los huesos, yacían trágicas, retorcidas, manchadas por el reflejo de los opalinos.

A las palabras del novelista siguió una breve pausa llena de curiosidad. Al fin, Lola no pudo callar más y habló á su vez:

—¡Pobre Alvaro! De todas las historias de estos últimos años la suya es la que más me ha impresionado. Parecía el hombre más feliz del mundo; todo le sonreía; rico, guapo, joven, con una mujer que le adoraba y á quien adoraba él... Y, sin embargo, de la noche á la mañana, aquel extraño suicidio. ¡Y qué suicidio!... Te aseguro que mil veces he pensado en el por qué...

Gaspar se incorporó. Dió unas chupadas á la pipa de opio, envió el humo de la droga á perderse en la atmósfera que olía á éter, á opio y rosas marchitas, y con voz fría, impersonal, lenta, descubrió la clave de la aventura siniestra.

—Yo tenía amores de Lili Navarro...

Con un dejo de escepticismo interrumpió Géo:

—¡Pero si adoraba á su marido...

Sin hacer caso, Vallares continuó:

—Yo era el amante de Lili Navarro desde antes de casarse con el pobre Alvaro. La había conocido casualmente, un fin de temporada, en un balneario modesto de Galicia. La soledad que reinaba ya allí, el aburrimiento tedioso, monótono, de la vida de establecimiento, facilitaron una

amistad en cualquier otro punto imposible... ¿Recuerdan ustedes á Lili? Era menuda, frágil, alocada de gestos en que sin embargo había algunas veces como una pausa de serenidad extraña, algo así como si observara reconcentrada en sí misma. Tenía las facciones finas y menudas, la piel de una alburá aterciopelada de camelia, la boca roja y sensual, y los ojos... Las gentes superficiales pretendían que eran ojos candorosos, claros, ingenuos; pero yo, que he buscado muchas veces inútilmente su fondo, puedo asegurarles á ustedes que no. Efectivamente aquellos ojos no tenían la nítida limpidez de las esmeraldas, no eran dos gotas de agua brillantes y transparentes; eran, sí, infinitamente luminosos, pero hacíase imposible leer en ellos; la comparación que me parece más exacta es la de dos peridotitas, ó mejor, dos globos de jade verde que lucieran intensamente con misteriosa

luz, pero que, mirándolos con atención, fuesen opacos, impenetrables. Y rematando aquella figura deliciosa y turbadora, una cabellera roja y rizada, una llamarada de cobre que era inútil alisar ni dominar.

Lola, rió irónica.

—El retrato está bien; un poco favorecido...

—Pues espiritualmente—prosiguió Gaspar—era aún más interesante. Al principio y ante la expectación imbécil de las gentes que miran a los artistas como a bichos extraños a quienes un cazador audaz hubiese hecho prisioneros para exhibirlos, hablamos de cosas banales; pero una noche que vagábamos a la luz de la luna por el jardín, súbitamente, sin preparación alguna, la muñeca roja me hizo una pregunta extraña: «¿Qué piensa usted del amor y de la muerte?»

Lola volvió a interrumpir:

—Me parece trivial. Es una pregunta de muchachita pedante contaminada de literatura.

El novelista aceptó la interrupción:

—También lo pensé yo así en el primer momento; pero al mirarla, vi que sus ojos ardían en fiebre y que todo su rostro se contraía en demacración casi dolorosa. Además, aquellas palabras fueron como un punto de partida. Desde entonces, febril, estremecida de no sé qué misteriosos anhelos, me habló de cosas ambiguas, oscuras, extrañas. Y siempre el amor y la muerte iban juntos; siempre en los jardines encantados de la pasión florecían las monstruosas plantas de podredumbre... Volvimos a Madrid; nuestra amistad oficial, digámoslo así, acabó, pero siguió viéndome; mezclóse en mi obra, puso reflejos de fuego fatuo en las páginas de mis libros, rosas de tisis en las mejillas de mis heroínas, ensució con fango el alma de mis héroes...

Géo echóse a reír.

—¡Menos mal que has encontrado ya a quien endosarle tus abominaciones!

Esta vez Vallares no hizo caso. Apasionado en su relato, continuó:

—Yo la quería y la odiaba. Había llegado a ser una obsesión para mí y no podía pasarme sin ella cuando un día... Entró como siempre alegre, frívola, sonriente y como la cosa más natural del mundo, me dijo: «¿Sabes que me caso?» Quise protestar, quise oponerme, pero ella, serena, fría, calculadora, me habló de sus intereses, de las complicaciones de la vida, de las necesidades modernas, de la fortuna de Alvaro... Total, que no encontré ni un reproche, ni una protesta, ni una queja, y acepté el papel de amante misterioso que ella me asignaba... Y llegamos a la tragedia.

Hizo un alto en su narración. Ya no aparecía roto, fofo, como un pelele, sino que incorporado hablaba con exaltación, mientras el sudor perlaba su frente. Los otros dos, incorporados también, le escuchaban con creciente interés. Al fin, prosiguió:

—Después de su boda, Lili continuó viéndome con frecuencia. No quería que yo concurriese a sociedad, no quería que hiciese esa vida de artista mundano que según ella era ridícula, y encerrado en mi estudio, entre mis libros, llevaba una existencia de bene-

dictino, pero de benedictino poseído por el Malo. Lili llegaba siempre atrabiliaria, incongruente, reía, jugaba, hablaba, hablaba mezclando cosas absurdas con ideas llenas de sensatez, y por fin se iba dejándome inquieto, turbado por ese presentimiento de algo que no podía adivinar lo que era. Y un día, con espanto, supe que Alvaro se había matado. ¿Por qué? ¿Cómo?... No podía ni sospechar las razones de la obscura tragedia. De la viuda no tenía noticia ninguna; ella no daba señales de vida y yo, por mi parte, no me atrevía a escribirle ni a intentar una visita por temor a comprometerla. Pasó un mes, dos, tres, y al fin, inopinadamente, surgió ante mí. Era la misma de siempre, risueña, alocada, baladí, pero dando sin saberse como la impresión de esos estanques cubiertos de líquen y adelfas que parecen poco hondos y que, sin embargo, en su profundidad guardan el secreto de la muerte. Y en una hora de abandono, tal vez por esa necesidad que sienten los criminales de contar su crimen, tuve la clave atroz de la tragedia.

Gaspar Vallares hizo otro alto en su narración. Después, en voz baja, contó el tenebroso secreto:

—Fue una narración incoherente, entremezclada de lágrimas, de risas y de mimos; una narración en que hubo de espeluznante y de grotesco. Estaban los dos en el salón de la nueva casa que acababan de hacerse construir. El tapicero había dejado los muebles aquella mañana allí; tan sólo faltaba la araña de bronce y cris-

tal—admirable objeto del siglo XVIII encontrado por Alberto en un anticuario—que vendrían a colocar por la tarde. Del gancho clavado en el techo pendía la cuerda con un nudo corredizo que serviría para izarla luego, y bajo la cuerda veíase una escalera de mano. Los dos esposos hablaban allí. Ustedes recordarán a Alvaro; era un muchacho de fisonomía abierta, simpática, franca y leal. Tenía el tipo aniñado, los gestos un poco bruscos y demasiado amplios y los ojos profundos, transparentes, de mirar sereno y afectuoso. Súbitamente, con aquella falta de continuidad característica en él, interrumpió los comentarios de arte decorativo y los proyectos de alhajado de su morada para decir a Lili: «Sabes he hecho ayer testamento a tu favor. Te nombro mi heredera universal». Ella saltó sobre sus rodillas, y acariciadora, felina, murmuró: «¡Qué cosas tienes, chiquillo!» Siguieron charlando de asuntos sin importancia; súbitamente él retornó a su idea: «Lo he hecho porque hay que estar preparados siempre. Con la rapidez de la vida moderna nadie sabe... Los autos, un tren, un naufragio... ¡Qué digo!... ¡Cualquier accidente casual!... ¡Pero si la muerte nos acecha en todas partes!» E inesperadamente, reparando en la cuerda que pendía del techo, entre bromas y veras, afirmó: «Mira, ¿ves esa misma cuerda? ¡Pues puede ser la muerte!» Habíase encaramado en la escalera y, pasándose el nudo corredizo en torno al cuello, afirmó: «Así del modo más pueril, jugando ó realizando cualquier trabajo

casero, puede llegar...» En los ojos de la damita chisporroteó una llamita verde como un fuego fatuo mientras murmuraba: «¡Por Dios, no juegues!...» Y de improviso tuvo un salto de felino y de un puntapié derribó la escalera. El cuerpo de Alvaro se columpió en el aire; pero tras bracear un poco sus manos alcanzaron el cable, mientras en los espasmos de la agonía murmuraba: «¡Lili! ¡Lili!» Tal vez iba a salvarse cuando Lili, cruel, implacable, colgose de sus piernas. Trató él, en un esfuerzo supremo, de librarse de su verdugo, y una de las manos crispadas hundiose en la cabellera de fuego. Pero ella no soltó hasta sentir que el cuerpo pendía inerte. Entonces, fríamente, acercose a él, y arrancó a los dedos el mechón de pelo que guardaban acusadores. Después fué a la puerta, miróle para cerciorarse de que estaba bien muerto, y como viera el rostro amoratado y la lengua negra asomando entre los labios, arrojose al suelo y comenzó a llorar su horror y su duelo.

Ni Lola ni Géo hablaban. Gaspar prosiguió:

—Todo esto me lo contaba mezclando la narración con observaciones burlescas ó con preguntas de mujercita mimada, sobre su belleza ó su atavío, como si siguiésemos una divagación de salón. Atraído por malsana curiosidad quise saber mi papel en la tragedia. «¿Y yo?» Mirome irónica, casi burlona, y, sonriendo cruel, me lapidó con una frase feroz: «¿Tú? ¡Bah, eres un muñeco!... ¡Pero ten cuidado; yo soy como las chiquillas mal educadas; necesito romper todos mis muñecos!»

Antonio DE HOYOS Y VINENT  
DIBUJOS DE ZAMORA





## PASTORAL

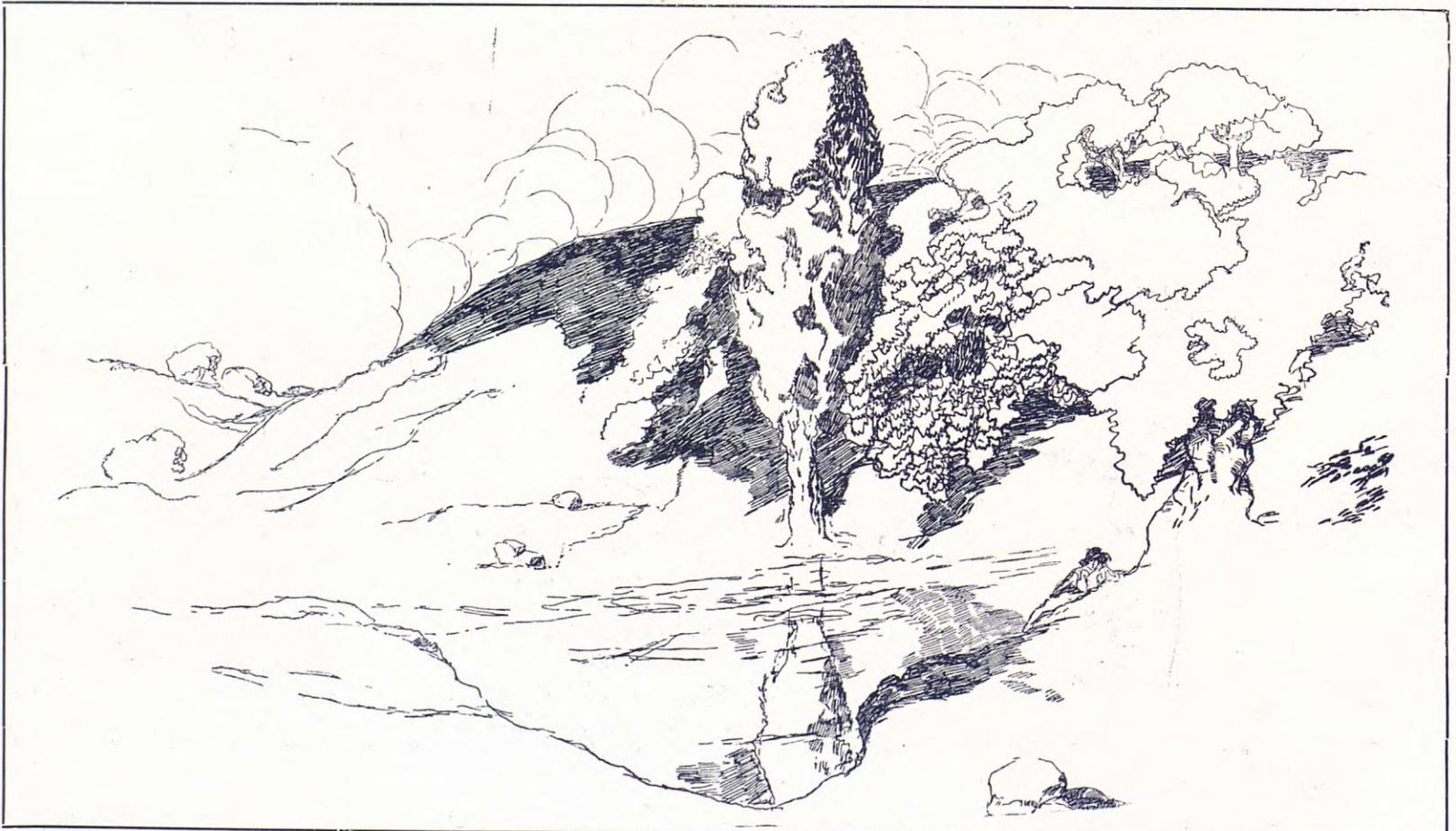
(Inspirada en la VI Sinfonía de Beethoven)

La tierra es toda azul, como si fuera  
la clara imagen del azul del cielo,  
azul es la corriente de los ríos,  
azules son las flores de los huertos.  
Azules son tus ojos,  
azules son también mis pensamientos  
y ondeando en el aire  
como una llama azul, son tus cabellos.

En el azul del campo  
tiemblan las rbas y trasciende el heno  
y entre el lírico son de las esquilas  
canta un manso balido de corderos.  
Zagala ven... Reposa al dulce abrigo  
de los rosales frémulos,  
mientras refleja el cielo de tus ojos  
el azul de mis sueños.

Las rumorosas copas de los árboles  
están enamoradas  
del arroyo que brota despeñado  
del hondo corazón de la montaña.  
El flotante penacho de sus hojas  
se mira en el espejo de las aguas  
y en la tarde dormida  
sus trémulos rumcres son palabras.

Yo también me contemplo en tus pupilas  
como en un río azul de linfa clara  
y en la paz de la tarde te regalo  
la dulce pastoral de mis tonadas.  
Zagala ven... Para lamer tus manos  
mis corderos te aguardan.  
¡Ellos serán la ofrenda  
y tú la imagen y mi choza el ar!





El sol ha hundido su bajel dorado  
 en un mar de plumizos nubarrones  
 y el cielo ardiendo en ira  
 lanza sobre la tierra sus rencores.  
 El viento aulla en ráfagas siniestras  
 de atormentadas voces  
 y la lluvia desnuda los rosales,  
 abate espigas y desgaja robles.

Las campanas voltean  
 con trágicos acordes,  
 y presienten los blancos recentales  
 la manada de lobos en el monte.  
 No tiembles tú, zagala... Están conmigo  
 mis masines feroces  
 y ellos sabrán librarte  
 de los lobos traidores.

Ya tiene el cielo resplandores nuevos,  
 otra vez es azul toda la tierra  
 y los robles agitan mansamente  
 sus flotantes cimbras.  
 Mis hermanos, los rústicos pastores,  
 juglares de los valles y las breñas,  
 postrados de rodillas  
 salmos de gratitud cantan y rezan.

En el claro horizonte se dibuja  
 el iris salvador de llamas trémulas  
 y encendidos colores luminosos,  
 como un beso del sol y las estrellas.  
 Zagala, ven... Yo tengo una majada  
 donde tú serás reina,  
 entre el manso balar de los corderos  
 y al amor de mis rústicas cadencias.

José MONTERO



# LA LUCHA EN VERDUN



Soldados franceses defendiéndose heroicamente durante uno de los últimos ataques de los alemanes a las líneas atrincheradas del fuerte de Vaux, en Verdun, ocupadas recientemente por las tropas germanas  
Dibujo de Matania

# LOS HUÉRFANOS DE GRANADOS

**S**on seis hijos: Eduardo, Soledad, Enrique, Víctor, Natalia y Paquito.

Hay una fotografía angustiosa de la partida de los padres hacia el triunfo y la muerte. Es el instante en que el barco se remueve, y los que van dentro sienten que ya caminan. El rebaño de hijos, que estaba esparcido entre la amorosa muchedumbre de amigos y discípulos, se junta y aprieta, si se buscarse, en la orilla del muelle, para mirar más cerca a los padres. Y ellos lo ven: Granados, lívido, rendido, hincando las manos en la borda del buque; la crencha negra y lacia le interrumpe, le apaga la claridad de su frente de ungido; siendo tan grandes sus ojos, no se le ven los ojos: todo es mirada. La madre, recostada en el hombro de él sonríe, y es toda de lágrimas. Ha presentido que no verá más a sus hijos. Se lo ha dicho a una amiga cuando la besaba despidiéndose. Y después del triunfo, desde Nueva York, en vísperas de embarcarse para venir a su hogar, ha escrito estas palabras: «¡Qué tristeza, qué terror hay dentro de mi vida...! ¡Quieran mucho a mis hijos!» Y a ellos les envía las últimas postales, que constituyen un testamento de ilusiones amargas para acallar la voz aciaga de sus presagios. A Enrique, que sigue estudios de marino, le dice: «Hijito mío: ¿Cuándo serás tú el capitán del barco que nos traiga a esta tierra de promisión?»

Cartas y tarjetas han llegado cuando ellos estaban seis días llenos y envueltos de mar.

... «Granados se agarró a una balsa; vió que su mujer desfallecía; y él soltóse, se arrojó hacia ella y abrazados se hundieron; asomaron un instante... y yo tuve que volverme de espaldas para no ver su agonía...»

Esto lo ha declarado una pasajera del *Sussex*. Amigas de la madre le han pedido a Enrique: «¡No estudies, no estudies para marino! ¡Basta ya de mar!» Y el huérfano, enjuto, bravo, sombrío, revolvióse contra el consejo y profirió: «¡Ahora tengo más prisa de embarcarme!»

Los hermanos le miraban, dejando en los ojos amargos de Enrique el doloroso afán de una visión trágica y amada.

La herencia de paternidad la recogen los hermanos grandes: Eduardo y Solita. Ellos serán el padre y la madre de los otros y de sí; y en serlo de ellos mismos hallan la consciencia más austera de su orfandad.

Solita, la madre nueva, ya participaba de los júbilos y tribulaciones de la vida del hogar. Al lado de la madre muerta siguió todo el camino en la noche oscura hasta ver la luz de la ciudad gozosa. Ya en la sensibilidad sutilísima y florida de esta criatura, de una belleza esfiada con los rasgos más perfectos del padre y de la madre, clara destilación de sangres, se había producido un acorde reposado de certidumbre; esta vida de cáliz labrado en la pureza, en el recogimiento, y en la santidad del arte, esta vida plena y estremecida se había detenido a respirar; y esperaba que se cumpliera en todos y en ella la promesa del bien. Y otra vez camina dentro de la noche, y sus manos, que se cogen a otras manos más fuerte, que iban delante de las suyas, han de volverse y coger otras manos más frágiles.

Los primeros días se recataban o se mitigaban las noticias de la desgracia. Los huérfanos buscaban con ansiedad en la palabra y en los ojos de las gen-



El maestro Granados instrumentando la ópera "Goyescas" en la "Tartana", kiosco que él mismo se construyó en una masía de Vilasar del Mar

tes. Y Solita, con los codos fijos en su regazo, los dedos crispados en su cabellera negra que rebrota con ímpetu porque se la segó la hoz del tifus, Solita había recibido en su sensibilidad desnuda, vibrante y ávida toda la verdad; y balbucía muy despacio, pronunciando para sí misma, para saberse, para objetivarse: «¡Qué horror!» Y después, como un eco suyo: «¡Qué horror!»

Se codició ya el comentario de todo el infortunio; se presentaban los contornos y minucias de suplicio. Y ella, la hermana grande, permanecía en la celda íntima y sagrada de sí misma, cerrado el huerto de su vida; siempre doblada, y sus manos hundidas en su cabellera: «¡Qué horror!» Y después, desde su soledad se contestaba: «¡Qué horror!»... Alguien dijo: «¡Si al menos se salvase uno de ellos!» Entonces, la hija irguióse heroica y madre para rechazar el consuelo: «¡No, que no vuelva uno!» «¡Qué horror para el que viniese y para el que se hubiese

ahogado solo!... ¡Cuál sería!... ¡Los dos juntos en el mar ó con nosotros!»

abrían más la llaga. Pero como fuera le estaban aguardando...

La «Academia Granados», que había plantado y labrado el padre, y daba ya sombra ancha y reposada de árbol grande, estaba en silencio. Un viento salobre de mar y de congojas había arrancado del ramaje todas las aves que allí tenían abrigo y crianza. Y esperaban... esperaban para volver ó alejarse.

El huérfano ha cogido la esteva, que aún deja el olor honrado de la mano del padre, para mullir las raíces del árbol; y ya la fronda palpita. Resuenan los pianos en las aulas. Ha vuelto la vida; circula la sangre del corazón del padre por la vena nueva; sangre, espíritu y trabajo; la obra, la obra austera, sin triunfo, sin padre y sin madre. Dentro, el estudio del maestro, callado, hondo de soledad; miradas de retratos, muebles arcaicos, relumbres oxidados de vidrios, de lámparas, de viejas estofas, y el piano inmenso, mudo y abierto como una mirada, la última mirada suya; su silla vacía, y, al lado, la del hijo que le volvía las páginas, temblándole las manos y los labios, escuchando al padre.

Escuchando al padre, amándole y sirviéndole, olvidóse de sí mismo. Vendría el tiempo de la firmeza, de la plenitud, y entonces el hijo atendería a la criatura de su arte. Y ahora que *todo* se ha cumplido, ha de seguir viviendo para las obras del padre, desasido de sí mismo, en una renunciación ascética de hijo, de artista y de hombre.

Los hermanos, la Academia, la música del padre; y después, su dolor; y después él. La música del padre, que los huérfanos veían sepultada en el mar, ha vuelto a la casa, y los libros y sus ropas: el abrigo de viaje del maestro, que fué recogido de la cubierta ensangrentada del *Sussex*; el manguito, que guarda en su dulce entraña la huella y el perfume de los dedos de la madre, y aun está crispado por su convulsión y el mar... Sobre todas las cosas que se creían hundidas, lloraban los hijos la pérdida del manuscrito de «María del Carmen» el único que perpetuaba esta ópera donde volcó Granados toda la vida de su primera juventud, y donde se halla la anticipación de sí mismo, todo el jugo de su viña, la solera de las mieles que corroboran la sangre de su música. En los abati-mientos y exaltaciones del padre, los suyos le subían al atril las páginas de «María del Carmen», y el maestro iba sacando hermosuras del arca sagrada de su piano, como joyas antiguas familiares, evocadoras del pasa-



Los seis hijos del maestro Granados: Eduardo, Solita, Natalia, Enrique, Víctor y Paquito  
FOT. ACEÑAS



“Solita Granados”, cuadro del admirable pintor Carlos Pellicer

do, que estaba trémulo de ansias por lo futuro que es el hogaño. Y tocando, veían ellos al padre de entonces y al músico de ahora.

Y apareció la caja de las obras, y las manos de los huérfanos la desgarraron como una fruta; surgieron los grandes libros, de hojas viejitas, de trazos descoloridos; y los seis hermanos, arrodillados, hundieron sus frentes dentro de las páginas, adorándolas. Y Eduardo gimió: «¡Qué alegría, ¿verdad? Porque aquí están los dos, padre y madre!» Y se abrazaban y sonreían llorando, todos en el suelo, entre ropas, papeles, retratos y la copa de oro, como un baptisterio, ofrenda de músicos insignes, en la que bebieron los esposos Granados el vino divino y amargo de la gloria.

Y Eduardo y Solita se esforzaron contemplando el oleaje de música que desbordaba por sus brazos, por sus rodillas; y volviéndose á Víctor y Natalia les miraron mucho y dijeron: «¡Ahora vosotros al violoncello y al piano con toda vuestra alma!»

Víctor cumple diecisiete años; alto, cenceño, de una dulce humildad; y cuando abraza su violoncello, se transfigura apasionadamente, y su arco proyecta un horizonte sonoro y arranca un clamor humano, porque halló su voz y estilo antes que la técnica. Natalia, que pronunciando y mirando presenta la emoción de la madre, ha recibido en su alma la gracia musical del padre. Todavía balbucientes sus nervios de artista, y pasma su don intuitivo.

Víctor y Natalia ya están en el principio de la cuesta; pero el hermano chiquito, ni siquiera ahí; se ha quedado lejos, en lo hondo, donde más ciegan las nieblas de la orfandad; es el *malcriado*, porque siempre estuvo enfermo para la madre, que al despedirse apretó tanto su boca en las mejillas del hijo que el beso no podía abrirse en beso.

Ahora esta criatura mira á todas partes ensanchando los ojos, y tan huérfano es que ni siquiera lo sabe del todo.

Seis hijos sin padre, sin madre y sin maestro; seis hijos que cuando iban á ser, por tan venturosos, contemplados de todas las gentes, necesitan ser compadecidos.

GABRIEL MIRÓ



(Poesía á la que se concedió el primer premio en el Concurso organizado por el Círculo de Bellas Artes, de Madrid)

Porque todo es un momento,  
este instante, que es la vida, quiero henchir del sentimiento  
del amor, que es el más claro manantial de la poesía,  
y escuchar sabrosamente su consejo y su armonía  
y su hermoso y dulce acento,  
que es tan rítmico y tan fuerte  
y es tan grato al corazón y al pensamiento.  
Y exaltar en mí la vida. Y pensar poco en la muerte,  
¡porque todo es un momento!  
Vivir quiero humanamente—quz es la vida placentera  
á los que saben vivirla sin salirse de lo humano—  
y amarlo todo con brío y de una misma manera:  
á la rosa y á la víbora, á la estrella y al gusano.  
Y así siento arder mi vida, que ama todo cuanto alcanza,  
y así advierto que del nido de mi insegura esperanza  
salen, como ruiseñores, muchos amores dispersos  
que un solo amor constituyen, todo lleno de pujanza,  
que es el alma de mis versos...  
Porque todo es un momento, quiero henchirle de poesía  
de vivir lozano y fuerte  
y llenarle con la gloria del amor y la alegría,  
porque todo es un momento, y está acechando la muerte.  
Y el fecundo amor exalta de la tierra, en la que espero  
renoverme en su prolífico vientre preñado de siembras,  
y me abraso en el humano dulce fuego placentero  
de las hembras...  
Partida el alma la siento prenderse en todas las cosas.  
En la tierra y en los cielos van cuajando mis cariños.  
Y desmayo sensualmente con el olor de las rosas.  
Y me traspasan las gracias inocentes de los niños...  
Y deliro con los astros que en las noches rutilantes  
lo ungen todo de misterio, de milagro y de poesía,  
y me siento desleído en las fragantes  
leves ondas rumorosas, temblorosas, palpitantes  
de universal armonía...  
Porque todo es pasajero todo lo amo y lo bendigo.  
Porque todo va deprisa, lo amo tanto.  
En mi corazón se ayuntan con el príncipe el mendigo,  
las serpientes con las flores y el pecador con el santo.  
Porque todo es un instante, quiero vivirla con fuego.  
Porque todo es un instante, soy avaro de placeres.  
Y así, la vida exaltando, con todo mi ardor me entrego  
á la gloria de vivirla y al amor de las mujeres.  
Porque todo es un instante, dame quiero  
con toda el alma á mis hijos—clara luz de amanecida

en mis cielos interiores, sobre este verde sendero  
por donde pasa cantando la brevedad de mi vida...—  
Y á su amor quiero entregarme con fervor, inmensamente,  
que es la vida pasajera.  
Y sin ellos, ¡sin mis hijos!, he de hallarme cuando muera  
¡nadie sabe con verdad si eternamente!  
¡Porque todo es un misterio indescifrable!  
¡Porque están los ojos ciegos bajo la venda apretada!  
¡Porque todo es una noche impenetrable!  
¡Porque no sabemos nada!  
¿Cuántos siglos habrán sido  
en el tiempo antes de ahora que ha llegado el conocernos?  
Y este instante, que es la vida, transcurrido,  
nuestra ausencia y nuestro olvido,  
¿no serán acaso eternos?...  
Lo ignoramos... Porque al cabo de esta luenga y gran jornada  
que lleva andada en el tiempo la Humanidad dolorida  
aún clamamos los poetas y los sabios de esta edad tan decan-  
con la frase más amarga de la vida: [tada  
¡No sabemos nada!... ¡Nada!...  
Y al mirar, locos de espanto, la terrible interrogante  
en el fondo sin medida del secreto alucinante,  
bajo un velo espeso y negro lo que miramos se esconde...  
y nuestras voces se pierden, todos ignoran en dónde...  
y al grito desesperado de nuestra angustia, responde  
un silencio emocionante...  
Pero, en fin, no consagremos la hermosura del momento  
á estas graves asperezas de estéril filosofía:  
¡hay que darle todo entero al sentimiento  
del amor, que es el más claro manantial de la poesía!  
Como el de Asís, cuando miro descubro en todo á mi hermano...  
Pero no son mis amores como aquellos de Francisco, tan ser-  
Yo amo locamente á todo, á la estrella y al gusano, [nos...  
á la rosa y á la víbora, á los malos y á los buenos...  
¿Bueno?... ¿Malo?... ¡No sabemos!... ¡Siempre igual! ¡Hueca pa-  
Ignoramos qué designio misterioso nos domina... [labra!  
En los hombros alas de ángel y en los pies patas de cabra...  
Juan de Yepes con el Diablo en nuestra alma se avecina  
y la Esfinge no nos quiere descifrar su abracadabra...  
¿Somos siervos de mandatos imperiosos del Destino?  
¿Nuestros actos son fatales? ¿Ellos van de la manera  
que le cumple al que nos hizo de carne percedera  
y á unos dió entrañas de santos y á otros entrañas de fiera?...  
Pues sí acaso nadie puede revolverse contra el sino,  
quiero hacer del alma hoguera

que irradie amor para cuantos caminen por mi camino:  
¡dame á besar tu roserio, monjita dulce y austera!  
¡y tú la paz, ermitaño! ¡y tú la fe, peregrino!  
¡y tú los brazos, ramera!  
¡y tú la mano, asesino!  
Porque todo es un momento, la brevedad de mi vida  
quiero encenderla en el fuego de un gran amor hacia todo:  
luz y sombra, virtud, vicio, cuervo y ruiseñor, de modo  
que trémula aliente el alma preñada siempre y parida  
de un ideal armonioso y de un grande pensamiento...  
Este instante, que es la vida, quiero darle al sentimiento  
de estar vivo, y quiero toda mi juventud florecida,  
porque apenas alborca la mocedad cuando es ida,  
¡porque todo es un momento!  
Porque todo es un instante, quiero henchirle de poesía  
de vivir lozano y fuerte  
y llenarle con la gloria del amor y la alegría,  
porque todo es un momento, y está acechando la muerte...  
¡Muerte!... ¡Horroroso castigo y espanto de cuanto existe!  
Sólo te nombré un momento  
¡y ya tengo el alma triste  
y ya llenaste de sombras siniestras mi pensamiento!  
¡Hijos míos! ¿Veré un día  
cómo os perdéis para siempre de mi amor y de mis brazos?  
¡Ay, más dulce me sería  
el pecho herirme y sacarme el corazón á pedazos!  
¡Huye pronto, maldecida  
visión espectral y trágica! ¡Vete ya de mis umbrales!  
¡Que solo el sol y la vida  
quiero ver entrar por ellos á raudales!  
No vuelvas hasta llevarme, y entra paso en mi aposento  
Y entre tanto los mis hijos, y tú también, compañera,  
amadme cuanto yo os amo, porque todo es un momento,  
y en el zaguán se ha escondido la horrible muerte que espera  
dispersar con nuestras vidas nuestra ceniza en el viento...  
¡Hijos míos! ¡Mujer mía!  
¡Dadme un beso y la substancia de la entraña en vuestro aliento!  
¡Que anochece y se va el día  
para hundirse en esa eterna negra noche que presiento!  
¡Y poned en este beso tan henchido de poesía  
hasta el último y más hondo palpitar del sentimiento!  
¡Toda el alma! ¡Toda el alma! ¡Como pongo yo la mía!  
¡Porque todo es un momento!...

HOMBRES ILUSTRES CONTEMPORÁNEOS



JACINTO BENAVENTE

Insigne escritor y autor dramático, cuyos continuados triunfos en el teatro le colocan en el más alto puesto de la literatura española contemporánea

FOT. CAMPÚA

CÁMARA-F

NUESTRAS VISITAS  
**JACINTO BENAVENTE**

EN cuanto tomé asiento en una butaca enfundada, D. Jacinto me dijo:

—¿Usted fumará?  
 Y sin esperar mi respuesta, salió, rápido, en busca de un cigarro.

Aquella habitación era una salita un poco añeja y sin ningún relieve, ni artístico, ni suntuoso. Más bien modesta. Un enorme tigre disecado que había delante del sofá, nos miraba fieramente con sus pupilas de cristal crema.

Don Jacinto volvió con una caja de tabacos habanos. Eran enormes.

—No sé si serán buenos — me dijo, ofreciéndome —. Acaban de regalármelos...

—Grandes sí que son. A mi medida.

—No, eso no; ya ve usted, yo, á pesar de lo pequeño que soy, fumo siempre cigarros muy grandes.

Y después, aparentando una gran frialdad, pero con una poca de inquietud, D. Jacinto se acomodó en la butaca de enfrente y comenzó á fumar.

Todos conocéis el perfil agudo y la sonrisa perenne de este dramaturgo. Alguien ha dicho en estos días que sus ojos pequeños y negros se clavan en su interlocutor como dos lancetas... Esto es una fantasía. D. Jacinto jamás mira de frente. Mientras habla ó escucha, sus inquietas pupilas van de un lado á otro, y, si á ratos quedan fijas, es en el suelo. Su conversación va siempre acompañada por los movimientos aristocráticos de sus manos, delicadamente ensortijadas; pero unos movimientos apacibles, sin brusquedades, sin jamás separar los codos del cuerpo. Todos sus gestos son de rendimiento, de humildad; observándole, cuesta trabajo creer que este caballero menudo, que parece un rezagado del siglo de Renacimiento, sea el autor de los *Malhechores del bien*, de *La noche del sábado* y de *Los intereses creados*. Más en armonía con su encogidita figura y con su mansa humildad, hubiese estado escribir oraciones sagradas y devocionarios religiosos. Yo, un poco azorado, porque no viéndole los ojos no podía saber el juicio que estaría formando el maestro de mi, comencé preguntándole:

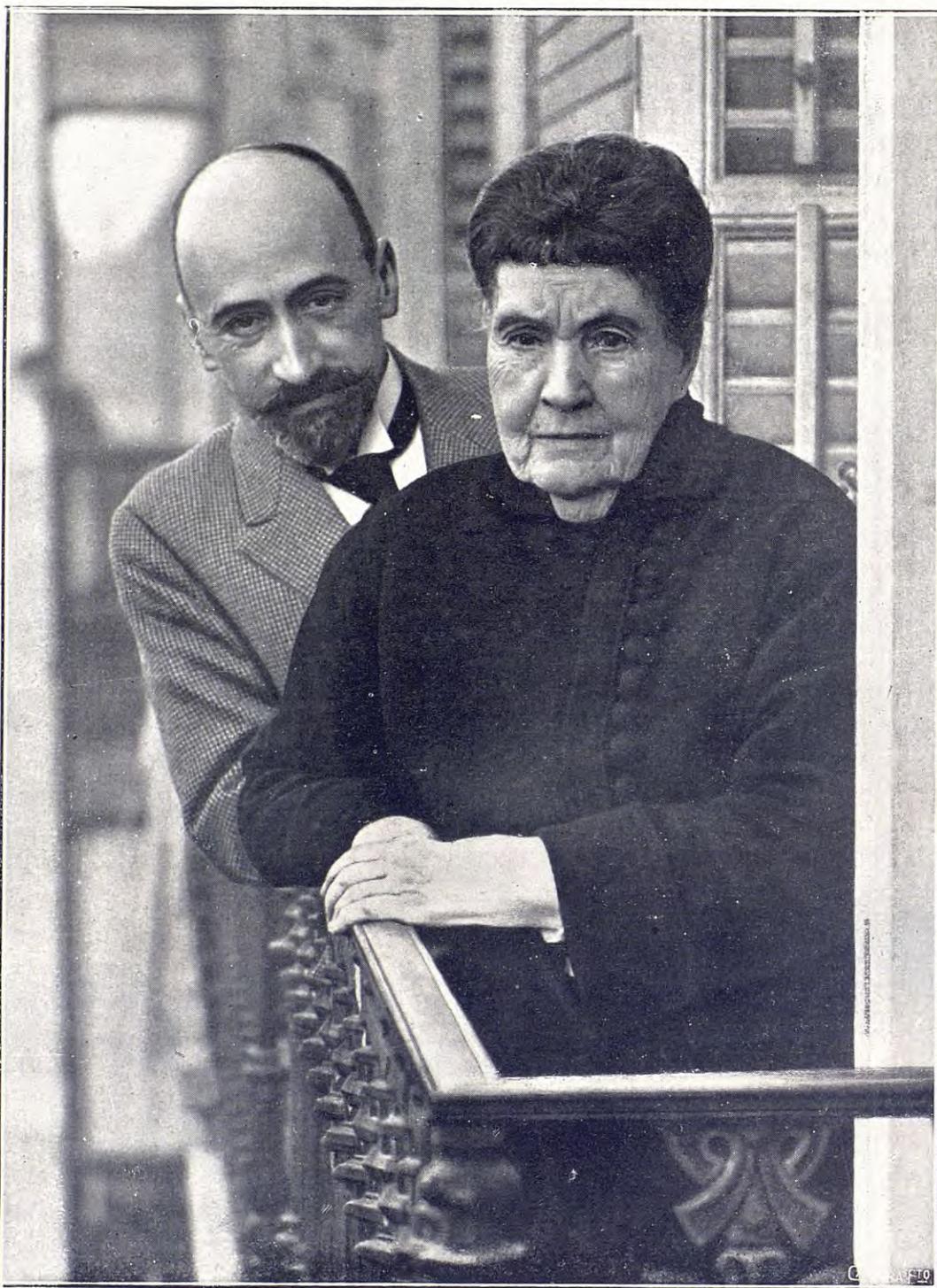
—¿Cuánto tiempo piensa usted dedicarme, D. Jacinto?...

—¡Oh, el que usted necesite; una hora y si es preciso más, más!

—Sobra... Hablaremos primero de su niñez. ¿Nació usted en Madrid?...

—En la calle del León, no recuerdo qué número... Allí viví hasta los cuatro años.

—¿A qué edad comenzaron á despertarse en usted las aficiones literarias?...



Jacinto Benavente, acompañado de su madre, en el balcón de su casa

—Mis aficiones teatrales desde muy niño... Siempre mi juguete ha sido el teatro. Yo hacía obritas teatrales para después tener el placer de representarlas en el teatro de muñecos, y ésto me divertía tanto como pueda divertir á la juventud de ahora jugar al *golf*, al *tennis* y *football*... Mi placer no estaba en escribir las obras, sino en representarlas.

—¿Nunca cultivó usted otra literatura que la teatral?

—Algo hice en crónicas y cuentos, pero poco.

—¿Cuáles fueron sus primeros trabajos literarios?...

—Dos libros: *El teatro fantástico* y *Cartas de mujeres*.

—¿Y su primera obra?

—La primera, estrenada, *El nido ajeno*.

—¿Pero no la primera que había usted escrito?...

—No, no. Ya había hecho muchas que Mario, después de leerlas, me las fué rechazando con muy buen acuerdo.

—¿Por qué?—le pregunté extrañado.

—Porque no eran buenas. Yo las he leído después y no me han gustado.

Hizo una pausa. Dió unas cuantas chupadas á su habano y, muy friamente, continuó:

—Claro que ahora me pasa lo mismo con las que estreno: no me gustan ni pizca.

—¿Entonces á usted no le agrada ver desde el público sus obras?...

—¡Oh, no!—rechazó rápido—. Rara vez asisto á una representación. Cuando, por tratarse de un homenaje ó de una función benéfica, me obligan á ello, paso muy mal rato; me arrepiento hasta de haberla escrito.

—Y eso, ¿por qué?

—Principalmente, porque me aburro; ya se sabe uno sílaba por sílaba todo lo que allí se va á decir... Además, se advierte lo malo, y lo bueno ya no emociona.

—¿Me han dicho que á los ensayos de sus obras no asiste usted tampoco?

—No; no voy á los ensayos para no quitarle á los cómicos espontaneidad... Es mejor; porque así cada uno interpreta su papel como lo siente. ¿Para qué contrariarles?...

Por esta misma razón mis obras apenas tienen acotaciones.

—¿Cuál es la obra de su repertorio que mejor se ha representado la noche de su estreno?...

—*Señora ama*. Hicimos una pausa... D. Jacinto, en sus respuestas, no tenía un titubeo. Siempre, sin levantar la vista, contestaba sencillamente, concisamente. Proseguí.

—Dígame usted, don Jacinto: ¿Y cuando estrenó usted *El nido ajeno*, gustó?...

—Al público, sí; á la crítica, no.

—¿Qué edad tenía usted entonces?...

—La edad á que las mujeres empiezan á desconfiar de los hombres: veintitrés años.

—¿Y le costó á usted mucho trabajo estrenar?...

—No; mi padre era el médico de Mario; fuí á tiro hecho.

—¿Escribe usted con facilidad?...

—Sí, porque no me pongo delante de las cuartillas hasta que en mi imaginación tengo bien tejida la obra y muy pensado el diálogo...

—Según eso, usted medita mucho sus obras.

—Muchísimo.

—Pues viéndole á usted en público y observándole, da la sensación de que no se preocupa usted de ellas gran cosa.

Esto le molestó un poco á D. Jacinto. Su vocicita nasal protestó de ello como de un absurdo...

—¡Ah, pues no, las pienso mucho! La prueba

Jacinto: ¿Y cuando estrenó usted *El nido ajeno*, gustó?...

—Al público, sí; á la crítica, no.

—¿Qué edad tenía usted entonces?...

—La edad á que las mujeres empiezan á desconfiar de los hombres: veintitrés años.

—¿Y le costó á usted mucho trabajo estrenar?...

—No; mi padre era el médico de Mario; fuí á tiro hecho.

—¿Escribe usted con facilidad?...

—Sí, porque no me pongo delante de las cuartillas hasta que en mi imaginación tengo bien tejida la obra y muy pensado el diálogo...

—Según eso, usted medita mucho sus obras.

—Muchísimo.

—Pues viéndole á usted en público y observándole, da la sensación de que no se preocupa usted de ellas gran cosa.

Esto le molestó un poco á D. Jacinto. Su vocicita nasal protestó de ello como de un absurdo...

—¡Ah, pues no, las pienso mucho! La prueba

de ello, es que cuando estoy en plan de trabajo, duermo poco, no como casi nada y me desmoro considerablemente.

—Por lo regular, ¿cuántas horas acostumbra usted á dormir?

—Pocas. Generalmente cuatro y muchas temporadas solo dos.

—¿Entonces se acuesta usted muy tarde?...

—Sí; hago la vida de noche, porque por el día, ¿qué tengo yo que hacer en el mundo?... Acostumbro á acostarme de tres á cuatro de la madrugada. A las nueve me entran el chocolate y ya, leyendo y tomando apuntes, permanezco en la cama hasta las tres de la tarde.

—¿Escribe usted en la cama?

—No, señor; esas son tonterías que me adjudican; puede usted desmentirlas.

—¿Le emocionan á usted los estrenos?

—Cuando empezaba, no; ahora cada vez más; y es que, claro, va siendo mayor la responsabilidad de uno y es mayor el compromiso de acertar.

—¿Toma usted apuntes de la realidad para sus obras?

—Casi todas tienen por base la realidad y algunas son la realidad misma... En *Señora ama*, por ejemplo, no puse yo más que las cuartillas y la finta. Recuerdo que los dos primeros actos los hice en el pueblo y luego, cuando quise seguir la aquí, no pude, porque había olvidado el modismo del lenguaje y tuve que volverme otro mes allí para terminarla.

—¿Cuántas obras tiene usted estrenadas?

—Setenta y cuatro.

—¿Cuál le gusta á usted más?

—*Señora ama*.

—¿Cuál fué la más aplaudida?

—*La malquerida* y *La ciudad alegre*.

—A propósito de esta obra... Usted, claro es, se ha propuesto poner de manifiesto los males de nuestra patria.

—Sí; de eso no cabe la menor duda.

—Y el público se pregunta: ¿cómo D. Jacinto, que es un hombre de imaginación privilegiada, al mismo tiempo que nos presenta los males, no nos presenta el remedio?...

Don Jacinto sonrió muy humilde, muy cortés, pero muy irónico.

—Al público que piense así le digo lo mismo que le dije á nuestro Rey como contestación á idéntica advertencia: «el remedio está en hacer todo lo contrario de lo que hacen los muñecos de mi farsa. En renunciar á todos los egoísmos personales en aras de un santo egoísmo patrio... En no consentir que de los negocios públicos y de la gobernación del Estado se apoderen *Crispines* cínicos y desvergonzados. Ahí está el remedio.»

Todo esto lo decía Benavente sin que se alterase en lo más mínimo el tono de su voz..., sin apartarse para nada de su eterna indiferencia.

—¿Cuánto dinero le lleva á usted producido el teatro?...

Meditó un instante. Después...

—A mí algo..., á otros mucho; pero como no he llevado la cuenta de lo mío y mucho menos la de ellos, no lo sé.

—Aproximadamente...—calculé yo—¿Dos millones de pesetas?

—¡Ay!... No me remueve la conciencia de haberme gastado tanto.

Hizo un silencio y prosiguió:

—Yo no juego, ni bebo, y mi vivir, como usted ve, es modesto... ¿A dónde podía haber ido ese dinero? Le advierto á usted que la gente está muy equivocada respecto á mis ingresos como autor. Yo, hasta hace cuatro años, ni siquiera he podido vivir de la renta de mi teatro.

—¿Cuál es el rasgo más personal de su carácter, D. Jacinto?...

—¡Oh! ¡Cualquiera sabe eso! ¿Quién es capaz de conocerse á sí mismo? Mejor que yo, le contestaría mi criada á esa pregunta.

—Pero usted sabrá cuáles son sus vicios y sus virtudes.

—¡Menos!... El amor propio y la vanidad nos hacen creer que nuestros vicios son virtudes y las virtudes de los demás vicios... Además, ¿quién es capaz de clasificarlos?...

—Cuando comenzó usted á escribir para el teatro, ¿qué autores le gustaban más?

—Shakespeare, Echegaray y algunos más.

—¿Y ahora?...

—No me ponga usted en el caso de molestar á muchos para alabar á pocos...

—¿Cuál ha sido la mayor alegría de su vida?...

Don Jacinto hizo un gesto de desaliento y tras él quedó un momento perplejo.

—No sé—repuso al fin—. Desde luego literaria no ha sido... Eso depende del estado de ánimo en que se encuentra uno... A lo mejor, lo que hoy nos da un minuto de dicha, mañana nos aburre espantosamente.

—¿Y su mayor tristeza?

—Tampoco lo sé. Yo he perdido á mi padre y le quería mucho.

—Siendo como es usted el dramaturgo más aplaudido de España y tal vez de Europa, ¿ha visto usted realizado su ideal?...

—¡Oh, no! Aparte las lisonjas, yo preferiría haber sido un gran actor... Me hubiera divertido más.

—¿Quién es su mejor amigo?

—Eso ellos lo sabrán... El que yo más distingo es muy difícil decirlo, porque se molestarían los demás... Y las sinceridades que cuestan tan caras y que no redundan en beneficio de nada, es un lujo que debe suprimirse.

—¿Y su mayor enemigo?...

—No creo tenerle.

—Tal vez Pérez de Ayala—le dije en broma. El rió muy discretamente, pero conteniendo alguna frase traviesa que la substituyó por...

—No creo—repuso con ironía—. Con el tiempo es posible que llegue á serlo... Y si esto le beneficia en algo, á mí me parecerá muy bien, porque es buen muchacho.

—A propósito. Dígame usted algo sobre esa revista que sostiene con usted un duelo literario.

—No sé á qué revista se refiere usted...

—A *España*.

—¡Ah, ya!... Que sus redactores me admiraban antes mucho; tanto es que como son «gentes serias»—según ellos—, yo comencé á creerles, y por poco me lleno de vanidad. Después, vino la guerra, y en cuanto vieron que yo era germanófilo ya decidieron no admirarme y ponerse de acuerdo en que desde entonces yo comenzaba á decaer... Y el caso es que cuando se fundó *España* no les parecería yo tan mal,

porque me pidieron mi colaboración; de una manera un poco imperinente, pero me la pidieron.

—¿Le inquieta á usted la crítica?...

—No.

—¿Y las censuras?

—Me distraen.

—¿Pues qué le inquieta á usted de la vida?...

—Nada.

—¿Ni la muerte?

—La muerte no me preocupa. Las enfermedades sucias y largas sí.

—¿Cuáles son sus más grandes amores?

—Mi madre y una ahijadita que tengo allá en el pueblo, en Aldeancabo.

—Dicen que esa chiquita...—insinué.

—Sí, que es mía—terminó él—. ¡Dios me libre! Esas son necesidades que inventan.

—¿No ha tenido usted nunca una pasión amorosa?...

—No.

—¡Pues si también dicen que tuvo usted amores con una célebre actriz de la Comedia!

—Nada; tonterías. Yo á esa actriz la he conocido siempre comprometida. Es cierto que tuve con ella muchas simpatías y que la quise mucho; pero como á otras.

—¿Cuál ha sido su mayor fracaso teatral?

—*La gata de Angora* y *Los polichinelas*. Bueno, esta última fué un pateo espantoso...

—¿A qué político admira usted más?

—Si le contesto con sinceridad, á ninguno.

—¿Cuáles son sus literatos predilectos?

—Como prosista, Galdós; como poeta, Rubén Darío.

—¿Y sus pintores preferidos?

—Sorolla y Romero de Torres.

—¿Qué actor le gusta á usted más?

Tuvo un momento de indecisión.

—Fernando Díaz de Mendoza me parece el más completo—decidió, al fin.

—¿Y qué actriz?...

—Déjeme usted un poco de galantería para las que no me gustan. Ponga usted que muchas.

—¿Cree usted que España, en relación con el resto de Europa, está en decadencia literaria?...

—¡Quí! Dentro de lo que nosotros somos, no creo que desmerezca nada; al contrario.

—De la guerra, ¿para qué hemos de hablar?...

—Todo el mundo sabe como pienso; porque no me he recatado de decirlo en mis crónicas... Soy germanófilo antes, ahora y después de la guerra.

—¿Qué proyectos literarios tiene usted?...

—Sólo tengo pensado darle en el otoño una obra á Margarita Xirgu.

—¿Es usted perezoso para escribir?...

—No; á pesar de lo que dice la gente, no soy perezoso. Ahí está mi labor de este año.

—¿Cuánto tiempo tarda usted en hacer una comedia en tres actos?

—Veintitantos días; estas de este año ninguna me ha llevado más tiempo.

—Cuénteme usted alguna anécdota que tenga relación con su vida de autor.

Benavente meditó un momento. Después dijo:

—Ahora mismo, solamente me acuerdo de una, muy cómica, en la que fué protagonista mi cocinera... Era la noche del estreno de *La comida de las fieras*. Estaba la pobre mujer en su localidad, y al salir yo al público á saludar, sentí que á su alrededor había bronca... Luego me enteré. Una que estaba al lado de ella, al verme, exclamó descorazonada: «Ay, pobrecito; tiene cara de hambre como todos los escritores.» Mi cocinera, que oyó esto, se lanzó sobre ella como una arpa, diciéndole: «¡Oiga usted, so... señora, que mi señorito come muy bien, porque yo le guiso todos los días muy ricas chuletas!... ¡Ya quisiera usted!...»

Y D. Jacinto, mientras contaba ésto con mucha gracia, sonreía más satisfecho que cuando hablábamos de sus glorias literarias.



Benavente, con su madre y sus sobrinas

FOTS. CAMPRA

EL CABALLERO AUDAZ

## PALIQUE DE LOS PALIQUES



**E**STE es el palique en el cual sueñan casi todos los españoles. Y todos los extranjeros. ¿Por qué? Es curioso el espejismo de amor. Se comprende que la caravana, en su inacabable y dolorosa peregrinación por el desierto, caiga en el delirio de los bosquecillos sombríos y fragantes, y del mar. Pero no se concibe cómo una pareja inglesa que puede arrullarse impunemente entre las protectoras arboledas de los parques, ó una francesita que recibe á su bien amado con un beso, sin que le importe el público, sienten la nostalgia de los atormentados diálogos andaluces, en que se desatan los anhelos de todas las voluptuosidades y es imposible pasar de las palabras.

Sin embargo, pensándolo mejor, quizá ahí se halle el secreto de la universal ilusión por las béticas *peladuras de pava*. En los enardecidos y disciplinados idilios en que la llama de las tentaciones se ve inmediata, simultáneamente sofocada por la penitencia, hay más espíritu, mucha más intensidad que en los juegos y frivolidades eróticos que se acostumbran por el llamado mundo culto, el que blasona de haberse redimido del instinto como de los prejuicios de una heredada moral. En casi todas partes ya se reduce el amor á unos discreteos en torno á una taza de té. En cambio aquí en España, en Andalucía, según la feliz adivinación de un viajero extraordinario, hubo que inventar las rejas para

separar á los enamorados. Y acaece a las agotadas sensibilidades cosmopolitas el que les persiga el deseo de la verdad en medio de su delicioso artificio de bellas mentiras. A veces el mal gusto constituye el buen gusto en los asuntos sentimentales. Recordaremos el ejemplo que ha registrado un gran escritor del bulevar y que consiste en que una yanqui millonaria, creyéndose cortejada sólo por su dote, buscó y descubrió una camarera que se le parecía como si se mirase en el espejo. La yanqui se casó con el hombre á quien un día sorprendió abrazando á su doncella...

El palique en las rejas ó en el patio, á la luz de la luna ó á la hora de regar los tiestos, ya con un lucero en el desvanecido azul, acaso sea más completo que la camaradería de los amantes libres y despreocupados en los cafés, el *restaurant*, en los paseos. Hay más *posesión*, porque se habla de alma á alma y así la charla transcurre en voz baja y en ocasiones sólo con murmullos, cuando no sólo con la mirada. Por eso los amoríos del Sur tienen una entraña de tristeza en su aparente cascabelería y en su *pintoresco*. Añoran un imposible: el de la fusión de los espíritus en un ansia absolutamente carnal.

La mujer española es muy hembra, es decir, que desciende sin renegar de Eva, al contrario que las otras mujeres de los otros países y ci-

vilizaciones, encantador producto, por lo común, del arte, la perfumería, la literatura y demás inventos humanos. Por eso juegan á la novela psicológica estos muñecos artificiales. La mujer española continúa entendiendo el sordo silbido de la serpiente y le entra el amor por el halago del oído. Una serenata, unos párrafos armoniosos, los versos célebres de la jaca torca. De ahí tal vez que las peladuras de pava transcurran en las sombras de la noche, cuando no se ve nada y se oye todo, y en que si las tinieblas del callizo no bastasen á disimular la realidad, los profundos y embriagadores aromas de los nardos y las madre selvas obligan á entornar los ojos en un desmayo inefable...

Pero hay más. En el palique de orillas del Guadalquivir se perpetúa la tradición ibérica, el eterno problema hispano. Luchan en el corazón y los sentidos de la raza las múltiples voces moras que convidan á todos los abandonos placenteros y la voz del ascetismo cristiano que se impuso y que nos selló después como una marca de fuego. El galán es siempre un árabe que pretende ser corruptor, y la novia se encasilla en su temor del infierno para no adelantar á los mortales las glorias del cielo, del sexto cielo mahometano, el de las huries.

FEDERICO GARCÍA SANCHÍZ

FOTOGRAFÍA DE PÉREZ ROMERO

# EL CENTENARIO DE CERVANTES EN MUNICH



Actores alemanes que representaron en Munich el entremés de "Los habladores"

La opulenta ciudad de Munich ha celebrado espléndidamente el tricentenario de la muerte de Cervantes. Bajo la dirección artística del doctor A. L. Mayer, la Junta Hispano-Alemana organizó una lucidísima fiesta en el Teatro Dramático, á la cual concurrió lo más selecto de aquella sociedad. He aquí meramente indicado su programa. A un elocuente y aplaudido discurso en loor de Cervantes y de España, pronunciado por el doctor León Jordán, siguieron las *Seguidillas gitanas* de Fernández Arbós, para piano, violín y violoncello; un capítulo del *Quijote* (el de las bodas de Camacho), magistralmente leído por el actor Jacoby; diversas canciones españolas, muy bien cantadas por la triple señora Dahmen, y para terminar, la representación del entremés de *Los habladores*.

No ha sido ésta la única solemnidad con que la hermosa capital de Baviera ha conmemorado la gran fecha cervantina; otra más familiar y aún más española la ha seguido: unos niños, adolescentes los de edad más avanzada, ejecutaron otro programa interesante; hablaban correctamente y sin dejillo extranjero la rica, la sonora, la hermosísima lengua castellana: son muchachos españoles. Uno, llamado Tarra-

gó, pronunció un notable discurso á guisa de prólogo; otro, Aparicio, leyó una sentida composición poética intitulada *La patria de Don Quijote*; otros, en fin, Oliva y Sánchez, disertaron acerca de *Cervantes, alma española* y *Cervantes y «El Quijote»*. Y para terminar tan simpática fiesta cervantina, aquel pedacito de España, que ha transportado á Munich la magia de un tierno corazón de mujer regido por un docto y varonil

entendimiento, prendas que rara vez concurren en una persona, representó *El loco de la guardilla*, del inolvidable Serra.

Ya los lectores habrán adivinado qué mano anduvo preferentemente en todo esto: la mano de nuestra generosa infanta Doña Paz de Borbón. Esta augusta señora fundó el *Pedagogium*, plantel de enseñanza á que muy pronto deberá España sazonados frutos; para el *Pedagogium* y para los colegios alemanes establecidos en Madrid y Barcelona se destinó el producto líquido de la función celebrada en el Münchner Schauspielhaus; alumnos de aquel establecimiento han sido los oradores y los actores que actuaron en la segunda de las fiestas mencionadas; de Doña Paz es la patriótica poesía que leyó Aparicio, y de su alma tierna y expansiva, daña siempre á difundir las buenas letras y el amor á España, estas palabras, muy elocuentes en su sencillez, escritas en carta que dirigió á su augusta hermana, la culta y popularísima infanta Doña Isabel: «Los discursos — dice — que pronunciaron los chicos, hechos por ellos mismos, fueron simplemente asombrosos; ya los leerás un día. Hubieras estado contenta.»



Alumnos españoles del "Pedagogium" de S. A., que representaron "El loco de la guardilla"

F. R. M.

: CALLE:  
ARRIBA

## EL BARQUILLERO

**T**OMAD sin recelo en vuestras manos esos preciosos cucuruchos de harina tostada que á la menor presión se deshacen entre los dedos en minúsculas partículas de pasta coruscante; ofrecedlas sin temor á los niños; no les causarán mal alguno; de todas las golosinas callejeras ésta es tal vez la única inofensiva, gustosa y sana. Los niños se lanzarán con avidez sobre los incitantes y áureos rimeros de frágiles tubillos que, al quebrarse, dejarán sobre su faz risueña y sobre su pecho, agitado por el juego y por la codicia golosa, un polvo azucarado. Lejos de producirles perturbación, ni aun molestia, les servirá de excelente preparación para apurar después sin riesgo un vaso de agua cristalina. Ese manjar lindo, pulcro, netamente español, que no puede ser fabricado sino con harinas inmaculadas, contentará á los pequeñuelos sin atentar en lo más mínimo á las reglas más exigentes de la higiene doméstica.

Y luego el azar como nuevo atractivo; la agitación de toda consulta á la fortuna ciega... El niño pulsará tembloroso la manivela de la rueda y la hará girar en un arranque de decisión fuerte y varonil; después seguirá inmóvil, con la mirada atenta, el trozo de ballena que señala los números y va saltando de alambre en alambre hasta detenerse ante una cifra que nunca será desconsoladora, porque el barquillero, caballero siempre, pagará escrupulosamente si pierde, pero si el número le es favorable, lo completará generoso y entregará tantos cucuruchos cuantos sean precisos para dejar contento á su nervioso y gentil parroquiano.

Dije que el manjar era netamente español. Un Rodríguez Marín os hablaría de los clásicos *olvidos* y *suplicaciones*. Pero ¿no serán estas donominaciones traducciones falsas de palabras francesas? *Oubli* es oblea; *sus plier* se parece harto á *suplier* para no relacionar la figura de los barquillos con las súplicas intempestivas. De todas suertes, el nombre es lo de menos; el manjar lo esencial, sobre todo cuando quien nos lo brinda es un amigo leal de los niños.

No pocas gentes desconocen la psicología del barquillero, á quien miran como á un golfo tan desordenado como brutal. Están en un error. Nada tan difícil á los fabricantes como encontrar un buen expendedor de la mercancía. Ante todo, el muchacho ha de ser leal hasta la abnegación y honrado hasta la santidad. Los barquillos se venden á la suerte y el fabricante no puede vigilar las jugadas; así, el barquillero entrega al dueño, por el contenido de la caja, al llegar la noche, la cantidad que le parece, sin que haya medio de discutirla. ¿Cómo encontrar un niño que tenga este sentimiento de la dignidad propia y que esté preparado para deparar y aun luchar con la hez de la granjería harapienta? Ser tan fuerte y denodado como los matoncillos, excederlos en perspicacia y picardía, conocer los ardides del juego, el envite y la trampa y, al mismo tiempo, ser incapaz de defraudar en una milésima de céntimo, pudiendo realizarlo á mansalva, son condiciones que es difícil hallar reunidas. El barquillero las posee. El contratista cuida de buscarlo siempre en un solo pueblo: en San Vicente de la Barquera, á donde no podría volver después de cometer la menor infidelidad sin sufrir inmediatamente una sanción terrible impuesta por sus mismos paisanos.

Asombra la virilidad, la constancia, la fuerza de adaptación de estos niños, arrancados de pronto á la vida de la montaña y de las costas bravías del Cantábrico, sacados de un medio de ingenuidad semi salvaje y colocados de pronto en un medio hostil: solos, abandonados á sus propias iniciativas y en sus peculiares arrestos, rodeados de acechanzas y violencias, perseguidos por la hampa que pretende imponerles su majeza y desplante. ¡Cuántas veces han de dejar en tierra el pesado cilindro para defender á golpes de puño, á patadas, mordiscos y cachetes la propiedad ajena! ¡Cuántas han de aguzar su tosco intelecto para salir al paso de los más complicados engaños! Después de la jornada, no pocas veces heroica, se recogerá en un miserable cuchitril y se arrojará, tras de haber consumido su miserable y escaso condumio, sobre un montón de esteras en que ha de dormir muy pocas horas, soñando con las fatigas y pesadumbres del día siguiente. Pudiera robar, pero se lo impide el amor al terruño, el honor del pueblo nativo, el noble prestigio de la raza.



Ni uno sólo de sus compañeros sufrió prisión jamás. No será él quien corte tradición tan inmaculada. Seguirá descalzo, roto, hambriento, pero honrado, con su caja de latón á la espalda, gritando con voz gutural, pero firme y tranquila: «¡Barquillero...!»

Y este héroe desconocido y vilipendiado es el amigo de los pequeñuelos, para los cuales tiene siempre una sonrisa ó una caricia paternal. Y

los mismos granujas acaban por mirarle con supersticioso respeto; es fuerte, es valeroso, es honrado; sabe castigar á los fuertes y proteger á los humillados. Y, sobre todo, es un enigma vivo: el de una virtud ruda y trashumante que aprende en la miseria lo que en la opulancia y el fausto muchos otros adolescentes no aprenderán jamás.

FOT. SALAZAR

ANTONIO ZOZAYA



“Vuelta de la pesca”, cuadro de Martínez-Cubells y Ruiz

## ARTISTAS CONTEMPORÁNEOS

# ENRIQUE MARTÍNEZ-CUBELLS

Al entrar en el estudio que Martínez-Cubells acaba de inaugurar en la calle Montesquiza, detiéndose el visitante asombrado por la magnificencia que se ofrece á sus ojos.

Luego, conforme va fragmentando su atención y prescinde de la visión de conjunto para complacerse en el examen aislado y detenido de cada aspecto de las distintas bellezas, este asombro se hace más reflexiva admiración y más expresiva complacencia.

Se halla realmente en unas salas que guardan verdaderos tesoros artísticos. El padre de Enrique Martínez-Cubells fué uno de los pintores favoritos de la sociedad española de fines del siglo xix. Su competencia y vastísima cultura en tendencias y escuelas pictóricas de otros tiempos, hicieronle indispensable en todo pleito de autenticidad de obras ó clasificación y catalogación de autores. Retrartista insigne, la aristocracia de su época consideraba como nuevo brillo áureo de sus blasones el poseer un retrato firmado por Salvador Martínez-Cubells y merced á ello pudo el insigne autor de *Educación de príncipe* y *Doña Inés de Castro* labrarse una verdadera fortuna que invertía íntegra en obras de arte. De su padre—lo que demuestra que la familia de los Martínez-Cubells es una familia donde la inquietud estética y los tiempos se transmiten, sin

decaer nunca, de padres á hijos—, restaurador que fué del Museo Provincial de Valencia, aprendió este amor á las viejas obras de arte que también ha heredado el joven maestro de *Trabajo, descanso y familia*.

Así, pues, en el estudio de Enrique Martínez-Cubells cerca á sus obras, interpretadoras de prosaicos momentos cotidianos y contemporáneos, toda la augusta riqueza de los tapices y las telas, de los arcones, bargueños, sillones y mesas, de los artísticos hierros forjados y las armas de otros siglos junto á la colección interesantísima de primitivos flamencos, germánicos, italianos, catalanes y valencianos que consideramos como una de las más importantes de las particulares existentes en España.

Y si pasamos á otra sala encontramos entonces aquel arte ágil, nervioso, de mediados del siglo xix en que los pintores españoles, obligados por el gusto del público á pintar los absurdos é intolerables «cuadros de historia», se desquitaban pintando cuadros de caballete reproduciendo escenas coetáneas suyas, aunque sin el hábito extraordinario del impresionismo francés, entonces en boga.

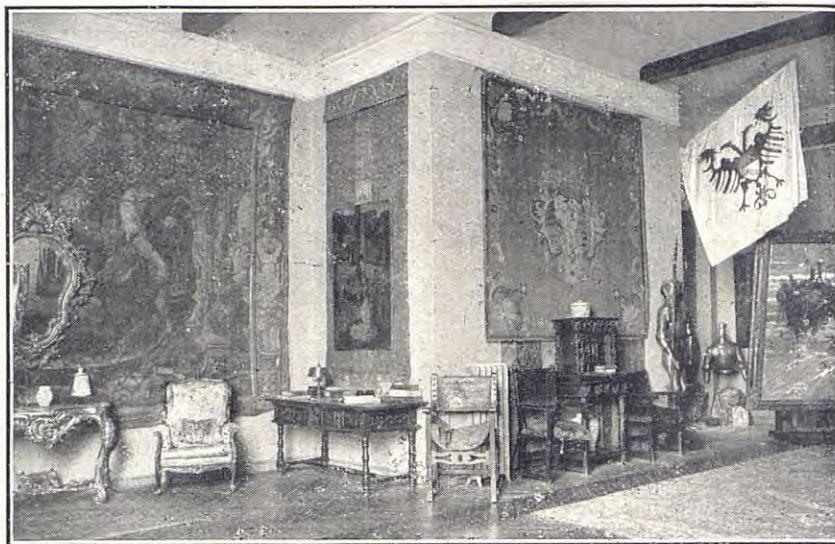
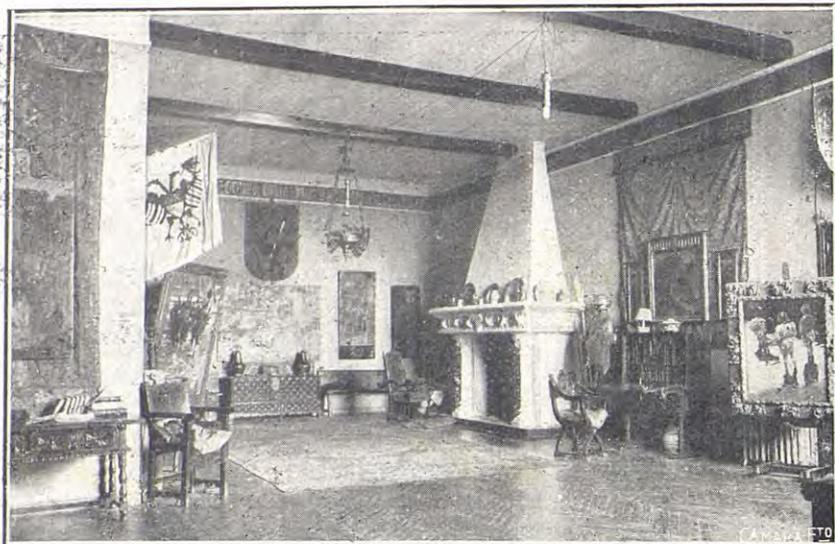
Vemos bocetos, apuntes, caprichos, de aquella pléyade de artistas levantinos que, capitaneados por Muñoz Degraín, Pinazo, Domingo y el propio

Salvador Martínez-Cubells, empezaron á imponer en Madrid el reinado de la pintura valenciana, culminante años más tarde en Sorolla. De todos estos maestros posee obras Enrique Martínez-Cubells y, aunque alejados de su credo estético, sentimos una íntima complacencia en verlas y en seguir sobre ellas la historia de la sensibilidad de cada pintor...

Pasamos por último á un tercer salón y después de la pompa y riqueza de los anteriores, nos aquietta el espíritu y los ojos la extraña sencillez de éste. Las paredes están pintadas de un gris neutro y servidor humilde de las gamas brillantes. La cortina que cierra uno de los lados es también gris. No hay tablas, ni cornucopias, ni cuadros colgados en los muros; no hay vitrinas, ni muebles de otros siglos, ni telas suntuosas. Nada más que un diván, una tarima para el modelo, una mesita auxiliar y dos caballetes con lienzos á medio manchar. Estamos en el taller de trabajo. Aplaudamos esta sobriedad de que se rodea el artista en los momentos que ha de crear, libre de toda extraña influencia y de toda comparación enojosa.

ooo

Enrique Martínez-Cubells y Ruiz nació en Madrid el año 1876. Está, pues, en plena madurez de su



Dos aspectos del estudio de Martínez-Cubells

talento y de su vida, en esos años de la segunda juventud que son los de obra más solidamente fecunda.

Discípulo primero de la Escuela Especial de Pintura, Escultura y Grabado y luego de su padre, nada hay en los lienzos de su primera época que pudiera hacer presentir los que luego habrían de fijar afirmativamente su personalidad.

Influido lógicamente por la pintura que había contemplado desde niño, Enrique Martínez-Cubells parecía destinado a continuar la obra de su padre, que, interesante y notable en sí misma, hubiera dejado de serlo en cuanto significara solamente calco y remedo, mejor ó peor afortunado. Inciertos, vacilantes, son sus primeros lienzos, a pesar de que en ellos abundan, naturalmente, condiciones de buen pintor.

Es, durante su viaje por Europa, cuando Enrique Martínez-Cubells se libera del concepto paternal de la pintura para realizar un arte más suyo y más de acuerdo con las tendencias modernas.

En 1898 emprendió ese viaje. Tenía entonces veintidós años y duró tres su excursión por Alemania, Bélgica, Holanda, Inglaterra, Francia é Italia.

Alemania le interesó desde el primer momento más que las otras naciones. Y dentro de Alemania, Munich—München, como se obstina en decir y en firmar sus cuadros, no muy de acuerdo con el idioma castellano—. Munich, que entonces representaba las rebeldías y las audacias coloristas, el afán



ENRIQUE MARTÍNEZ-CUBELLS Y RUIZ  
Ilustre pintor

—verdaderamente muniqués—de aceptar lo mismo extravagancias sin solidez que las tentativas de positiva perdurabilidad.

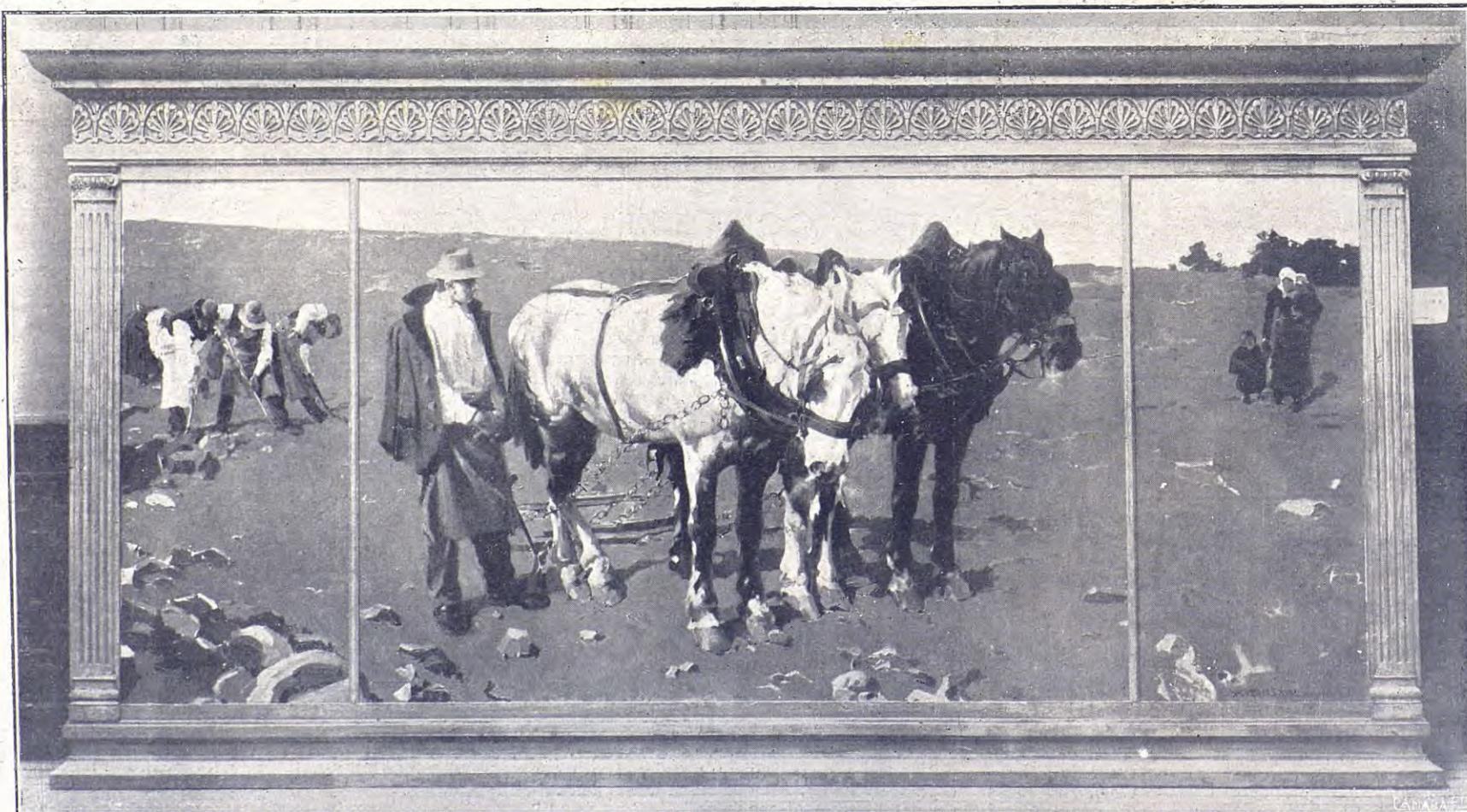
Uno de los aspectos característicos de la pintura de Enrique Martínez-Cubells nació de su estancia en aquel importante centro de la pintura moderna alemana. En la Exposición Nacional de 1901 su cuadro *El invierno en Munich*—premiado con segunda medalla—inicia ya este aspecto que tendría plena confirmación en el titulado *Trabajo, descanso, familia*, recompensado con primera medalla en la famosa Nacional de 1904 cuando se otorgó la misma recompensa a Chicharro y á Benedito y no se le dió más que segunda medalla al tercer pensionado Alvarez Sotomayor, un poco injustamente.

Prefiero, sin embargo, el otro aspecto de la personalidad de Martínez-Cubells: el de marinista y costumbrista de puertos y playas.

Ocho años después de la primera medalla de oro, obtenía la otra medalla de oro en la Nacional de 1912 por el lienzo *Vuelta de la pesca*, que es sencillamente admirable y de los mejores de la pintura española contemporánea.

Antes y después de esas recompensas, Enrique Martínez-Cubells consiguió otras no menos importantes.

En la Nacional de 1897, tercera medalla por el cuadro *Un accidente*; segunda medalla por *El viático en la aldea*, el año 1899; segunda medalla en la Internacional de Buenos Aires de



"Trabajo, Descanso, Familia", cuadro de Martínez-Cubells, premiado con primera medalla en la Exposición Nacional de 1904



"La mujer del pescador"



"En el muelle"

(Cuadros de Martínez-Cubells)

1910 por el lienzo *Playa de Valencia*; primera medalla en la Internacional de Munich por su cuadro *Pescadores en el Cantábrico*; medalla de honor en la Internacional de Amsterdam de 1912 por el cuadro *Regreso de los pescadores*, que reproducimos en estas páginas.

Es comendador de las Ordenes de Alfonso XII é Isabel la Católica; Caballero de las Ordenes de la Corona de Baviera y de San Miguel de Baviera; auxiliar numerario de la Escuela Especial de Pintura, Escultura y Grabado, y profesor de la Escuela de Artes y Oficios de Madrid.

Ha intervenido de un modo directo en la concesión de medallas, pensiones y otras recompensas á los artistas españoles desde hace quince años, puesto que fué delegado oficial de España en las Exposiciones Internacionales de Munich de 1901, 1905 y 1909; Jurado para las oposiciones á las plazas de pensionado en Roma el año 1906; Jurado en las Exposiciones Nacionales de Madrid de 1906, 1910, 1913 y 1915...

Pero esta multiplicidad de tareas censoras y organizadoras que han hecho, durante un largo lapso de tiempo, indispensable la intervención de Martí-

nez-Cubells en Exposiciones, Certámenes y Concursos Artísticos, no perjudicaron en modo alguno á su fecundidad.

Acuciado por las ansias viajeras, raro es el año en que no abandona su estudio de Madrid para recorrer las levantinas playas ó los extranjeros puertos.

Y de estas excursiones sale siempre beneficiado el arte con sus cuadros donde la vida de pescadores y marineros queda reflejada de modo inimitable y pintoresco.

SILVIO LAGO



"En la nieve", cuadro de Martínez-Cubells

DE NORTE A SUR

Tórtola Valencia, expositora

En los salones de Moretti Catelli de Montevideo ha expuesto Tórtola Valencia hasta treinta obras suyas que han obtenido un gran éxito de venta y de crítica.

No es la primera vez que Tórtola Valencia expone dibujos y acuarelas ejecutados por ella. En Barcelona, recientemente, ofreció una serie de figuras que eran evocaciones ó promesas de su arte embrujado de belleza.

Porque Tórtola Valencia, dibujante, es igual que Tórtola Valencia danzarina. El mismo culto á la armonía, igual dionisiaca exaltación, idéntico fervor del ritmo la inquieta frente al papel blanco que en las tablas de los escenarios. Recuerda en aquél sus danzas y encarna en éste sus dibujos.

Acaso el nuevo aspecto del espíritu elegido de la gran artista fuera algo latente, pero adormecido en ella, que antes sólo podía adivinar por la maravillosa espontaneidad instintiva de las actitudes tan escultóricas y la elección policroma y siempre bien relacionada de valores, tan pictórica, de los trajes y mantos para sus bailes.

¿Era extraño imaginar que quien así concebía el ritmo de la línea y quien así veía el color, llegara un día á dibujar y á pintar?

Luego, el ambiente propicio completó la obra del instinto. La vida de Tórtola se desenvuelve entre artistas. Sus amistades más sólidas son pintores y escultores. Pintores y escultores han encontrado en ella un modelo capaz de darles compuesta ya la figura y facilitarles, además, la inspiración.

Si analizáramos detalladamente la obra de los últimos años de nuestros pintores y dibujantes jóvenes, no sería difícil encontrar el influjo de Tórtola Valencia.

Una vez el poeta Goy de Silva me decía en el estudio de los artistas Zubiaurre: «Tórtola representa el renacimiento del culto á la belleza en la literatura y en el arte de hoy».

Tal vez tenía razón el autor de *La reina Silencio*. En torno de la admirable danzarina se agrupaban pintores, escultores, músicos, poetas, todo ese mundo superior y envenenado por el aliento de las quimeras. Con los diatribos y exaltaciones literarias á ella podría Tórtola publicar varios libros.

Y todavía más allá de los escritores fueron los artistas. La iconografía de Tórtola Valencia es enorme y está autorizada por cuadros como los de Chicharro, Anglada, Anselmo Miguel Nieto, Zubiaurre, los carteles de Penagos y los dibujos de Zamora, por citar solamente los que ahora acuden al conjuro de la memoria. Y sólo españoles.

Porque en la iconografía extensísima de Tórtola Valencia figuran pintores y escultores, incluso fotógrafos de todo el mundo: franceses, ingleses, alemanes, italianos, yanquis. Ahora mismo, en uno de los periódicos de Montevideo que dedican elogios á la exposición de Tórtola Valencia, publica un artículo y unos dibujos—parejamente inflamados de estético entusiasmo—del pintor ruso Aaron Biiis.

Así, cortejada de artistas, floreciendo en torno suyo cuadros, dibujos, estatuillas, que pretendían fijar las fugitivas actitudes y los caprichos coloristas de las danzas excepcionales, sintió despertar Tórtola Valencia el deseo de comentar ella también el mago espectáculo.

Las dos primeras tentativas—



Tórtola Valencia, sirviendo de modelo para un cuadro

primero en Barcelona, ahora en Montevideo—no han podido ser más afortunadas.

Una playa que no lo es

La guerra ha agudizado el ingenio germánico hasta un punto inconcebible. Inconcebible antes de ver sus felices resultados.

Y su audacia también. La audacia alemana va donde quiere. Ejemplo de ello son los hombres reconstruidos en la Casa Hindenburg de Koenigsberg, que causan cierta melancolía trágica al verles trabajar en sus oficios respectivos y anteriores á la guerra, con una ficticia realidad, caricatura de su pretérita integridad física. Ejemplos también los jardines levantados sobre



La "playa" de Berlín, á la hora del baño

el suelo, aún convulso y caliente de las batallas en Polonia; los raids atrevidos de zeppelines y submarinos; la arrogancia con que siguen cantando el «Alemania sobre todos», cuando todavía la guerra es una incógnita que tiene su porvenir en el misterio.

Pero estas audacias, que cuando se trata de destruir ciudades y arrasar ejércitos no nos parecen admirables, son, en cambio, dignas de alabanza cuando se refieren á casos como el que motiva este comentario y que responden á engrandecer y á afirmar dos factores característicos de la paz: la alegría y la salud.

Ved esa fotografía donde saltan y brincan dentro del agua centenares de niños y niñas. Por las orillas arenosas pasean ó forman animados corros las madres y los abuelos—los padres están en la guerra—de estos niños. Se piensa, regocijado por una sana alegría interior, en lo grato que sería contemplar estos juegos á la orilla del mar, acariciados los ojos y el oído por el avance continuo de las olas y oreada la frente por el aire impregnado de iodo.

No obstante, ese placer es puramente imaginativo. Las fotografías nos engañan artemente. Esa playa no es playa. Es algo que, si no fuese un delito de lesa naturaleza, calificaríamos de más admirable que una playa.

Imaginos que aquí, en las afueras de Madrid, en el campamento de Carabanchel, se pudieran bañar y hacer verdadera vida de playa miles de niños.

Nos parecería un absurdo, una quimera imposible, ¿verdad?

Pues ese absurdo quimérico lo han realizado los alemanes; esa imposibilidad se ha tornado posible para ellos.

La «playa» que mienten las fotografías es el «Tempelhofer Feld», extenso campo situado en la parte sudoeste de las afueras de Berlín.

En otro tiempo pertenecía esa enorme extensión de terreno al ejército, y allí era donde maniobraban las tropas de la guardia imperial y donde se celebraban las revistas militares de primavera y de otoño, á las que asistía el emperador con su familia y las principales figuras de la Corte, en un alarde esplendoroso y magnífico.

Actualmente, la mitad del antiguo campo de operaciones está ocupado por hoteles y quintas de recreo, y el resto se dedica durante el verano y parte del otoño á... balneario infantil.

Los niños de todas clases sociales son admitidos allí gratuitamente. Sólo se les exige un límite en la edad: no puede exceder de los catorce años ninguno de los bañistas.

En cuanto al procedimiento empleado para la playa artificial no puede ser más sencillo.

Se hicieron las necesarias excavaciones en una enorme extensión de terreno y se llenó de agua con las cañerías públicas de Berlín.

El agua de este inmenso lago es renovada diariamente para que conserve la limpieza y frescura imprescindibles y su profundidad no excede de sesenta centímetros, para evitar desgraciados accidentes...

De cómo ha sido aceptada esta iniciativa en Berlín da elocuente prueba la fotografía. Ahora que ya estamos en el secreto, podemos engañar impunemente á quien no lo sepa:

—Mira. Aquí tienes la hora del baño de los niños en la playa Waunsle ó de Grunau...

José FRANCÉS